



DAVID N. ARCE
(1903-1966)

Ángel Miquel*



Hijo del juez Luis Niño y de la señora Pascuala Arce, David estudió en la primaria "Antonio Alzate" de la Ciudad de México y después en la Escuela Nacional Preparatoria, a la cual se inscribió con 13 años en marzo de 1917.¹ El orden de lista lo llevó a sentarse en ésta junto a un recién llegado a la capital y con el que de inmediato trabó amistad, Salvador Novo, quien recordó en sus memorias que los dos adolescentes abandonaban frecuentemente los estudios para "irse de pinta" a pasear por una ciudad que los fascinaba.² También los unía ya la afición por la poesía y, en general, por la cultura

* Facultad de Artes, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

¹ "Niño y Arce, David. Historia escolar", Fondo Universidad Nacional, Sección Expedientes de Alumnos, 224/221/33605-I, II SUE, AHUNAM. Es posible que haya nacido el 29 de diciembre, día de san David, de 1903.

² Salvador Novo, *La estatua de sal* (México: Conaculta, 1998), 77; el autor afirma que David nació en Veracruz y creció en la Ciudad de México.

impresa. Al igual que su amigo, Niño Arce optó en su vida profesional por actividades relacionadas con ésta: se especializó en la recitación pública de poemas, ejerció el oficio de biblioteconomista, estudiado en la Universidad Nacional, y escribió periodismo cultural y ensayos.

En cuanto a lo primero, hay testimonios de que David ofrecía recitales a finales de los años 20 y lo siguió haciendo al menos hasta los 40. Un programa que se conserva muestra el registro abarcado por el declamador: desde Gutierre de Cetina, Lope y Góngora, hasta José Martí, Nicolás Guillén, Federico García Lorca, y sus amigos Alfonso Reyes, Rafael Heliodoro Valle y Elías Nandino; en el programa se reproducían estas palabras de José Vasconcelos: "No soy un aficionado a los recitadores, la mayor parte de ellos me hace sufrir. Pero me gusta la dicción clara de David y su expresión estética."³

En lo que se refiere a la biblioteconomía, Niño Arce se tituló a finales de 1934;⁴ cinco años después fue invitado a colaborar en la organización técnica y la catalogación de las 16 sedes de la Oficina de Bibliotecas Populares del Departamento del Distrito Federal;⁵ a principios de los 40 ya se encontraba trabajando en la Biblioteca Nacional, de la cual fue designado secretario en mayo de 1947 y donde permaneció adscrito hasta su muerte en 1966.⁶ En una nota en memoria del colega, Ignacio Osorio Romero escribió que "pocas personas como don David han estado ligadas más íntimamente a la vida presente de la Biblioteca Nacional"; el autor destacaba su trabajo dirigido a la reorganización y el funcionamiento del viejo edificio de San Agustín, pero también a "la elevación intelectual de este centro de cultura", a través de la programación de conferencias (que a veces él mismo impartía) y de la edición del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, "órgano encargado de difundir los tesoros que custodia la Biblioteca y las investigaciones que realiza el plantel de investigadores que en ella

³ "Programa de poesía de España e Hispanoamérica" para el 10 de diciembre de 1941, Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, ERHC, exp. 115, 1921-1958, 28 doc., caja 9.

⁴ Carta de David N. Arce a Rafael Heliodoro Valle del 30 de diciembre de 1934, *ibid.*

⁵ Carta de David N. Arce a Rafael Heliodoro Valle del 9 de septiembre de 1947, *ibid.*

⁶ Cartas de David N. Arce a Rafael Heliodoro Valle del 16 de julio de 1943 y el 2 de mayo de 1947, *ibid.*

funciona", y cuyos ejemplares David preparó para su publicación cuatro veces al año, desde 1950 hasta 1962.⁷

Uno de los principales colaboradores del *Boletín* de esos tiempos fue naturalmente él: allí aparecieron unas 40 reseñas bibliográficas suyas y los textos de sus conferencias. Esta vertiente laboral también fructificó en la elaboración de minuciosas bibliografías de López Velarde, Vasconcelos, Novo y Torres Bodet, entre otros escritores, así como en la publicación de catálogos, índices y artículos técnicos sobre el oficio del biblioteconomista. Un encargo importante en su edad adulta fue la actualización de la información, en cuanto a estrenos y representaciones teatrales realizadas en la capital entre 1911 y 1961, para la reedición de la *Reseña histórica del teatro en México* de Enrique de Olavarría y Ferrari (Porrúa, 1961), por cierto, prologada por Novo.

Junto a estas actividades, David (con el apellido paterno reducido a una N) Arce colaboró escribiendo crónicas culturales en *El Universal Gráfico*, *Zócalo* y otras publicaciones; algunas de esas notas sobre música, pintura, teatro, danza, poesía, fiestas populares, calles e iglesias se reunieron luego en los libros *Cartas y apuntes* (Gráficos Herber, 1952), *Girándula* (Jus, 1954) y *Tambor de plata* (Jus, 1957). El escritor dedicó ensayos más largos a sor Juana, José Rubén Romero, Alfonso Reyes, Alfonso Méndez Plancarte, Alfredo Maillfert y el malogrado poeta Leopoldo Ramos.

Por último, los coloridos volúmenes pulcramente encuadernados de la pequeña muestra de su biblioteca personal que se conoce dan otros indicios de su sensibilidad como lector: *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío y poemarios de Porfirio Barba Jacob y Germán Pardo García, y las novelas *Pan* de Knut Hamsun, *La nardo* de Ramón Gómez de la Serna y *La "tournée" de Dios* de Enrique Jardiel Poncela.

⁷ Ignacio Osorio Romero, "In memoriam. David Niño Arce", *Boletín de la Biblioteca Nacional*, núms. 3-4 (julio-diciembre de 1966): 95-96.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra.



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRÁFICAS



RAFAEL CARRASCO PUENTE
(1902-1985)

Felicitas González Barranco*



odeado e inserto en los movimientos culturales y educativos que prevalecieron en las décadas de los 20 y los 40 en México, vivió Rafael Carrasco Puente. Realizó estudios de Historia de México en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Escuela Nacional de Bibliotecarios, instalada esta última en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México.

Fue profesor normalista, corresponsal del periódico *Excelsior*, bibliotecario universitario y jefe del Departamento de Prensa y Revistas de la Biblioteca Nacional, desde 1930; director de la Hemeroteca Central a partir de 1935. Dirigió también el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública y la Hemeroteca Nacional, institución dependiente de la Biblioteca Nacional. Fue asesor bibliotecario en el proyecto de Juan

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

O’Gorman para la construcción de la Biblioteca Central.¹ Colaboró en las administraciones de la Biblioteca Nacional de México al lado de los directivos Enrique Fernández Ledesma, José Vasconcelos y Juan Bautista Iguíniz.

El 28 de marzo de 1944 se inauguró la Hemeroteca Nacional, ubicada en la antigua iglesia de San Pedro y San Pablo (hoy Museo de las Constituciones), ceremonia a la que asistió el general Manuel Ávila Camacho, presidente de la República, y algunos miembros de su gabinete; además, se contó con la presencia del rector Rodolfo Brito Foucher y del director de la Biblioteca Nacional, el filósofo José Vasconcelos. En ese establecimiento de la Hemeroteca, entre 1944 y 1948, Carrasco Puente impulsó diversas acciones para la organización y catalogación de publicaciones periódicas, con el propósito de brindar un servicio eficiente al público. Los trabajos de encuadernación se reiniciaron en siete talleres, así como el control y registro de la adquisición de las publicaciones periódicas a través de los rubros de compra, canje, donación y Depósito Legal. En esos mismos años se realizaron diversas conferencias y exposiciones, relacionadas con el periodismo y la historia. De las primeras llevadas a cabo, cabe mencionar los *Periodistas que han trabajado en México* (1944) y *La caricatura en México* (1948). Ambas conferencias estuvieron acompañadas de sus respectivas exposiciones.

Carrasco fue socio de la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos en 1933 y 1954. Durante su primer año participó en la mesa directiva de esta asociación, donde tuvo el cargo de prosecretario. También fue miembro de la American Library Association, en 1945, y vocal de la Sociedad Mexicana de Bibliografía, en 1946. Una de las grandes aportaciones de esta última agrupación fue continuar con los estudios y publicaciones de la bibliografía nacional. Se iniciaron las publicaciones en 1948 con la segunda serie: Monografías Bibliográficas Mexicanas. La mayoría de los miembros de la Sociedad publicaron en ella, entre ellos Carrasco Puente. Fue socio especial de la Asociación Mexicana de Periodistas, en 1949, y también formó parte de la Comisión para el restablecimiento de la Asociación Mexicana de Bibliotecarios de México, en 1954.

¹ “Biblioteca Central, 20 años de fecundo desarrollo”, *Gaceta UNAM* 12, núm. 28 (12 de abril de 1976): 6-8.

Además de sus labores administrativas, compiló la bibliografía nacional. El periodismo, un gusto particular por la cultura mexicana y los íconos a través de la historia son temas que se reflejan en su producción como bibliógrafo.

La mayor parte de sus trabajos incluyen algunos fragmentos de los textos compilados e ilustraciones y fotografías, de ahí el neologismo en el título *Antolobibliografía del rebozo mexicano* (1969). Si bien prevalecen en su producción literaria las compilaciones bibliográficas, existen dos textos que están relacionados con su propio desempeño institucional: *Historia de la Biblioteca Nacional de México* (1948) y *La Hemeroteca Nacional de México, historia, reglamentos e iconografía* (1949).

Aun en vísperas de su jubilación, en 1961 siguió invitando a donar “toda clase de estampas, retratos, mapas, postales, timbres usados, para incorporarlos al archivo del Museo Iconográfico”,² archivo que formaba parte de la Hemeroteca Nacional.

En 1961 se jubiló y se mudó a la ciudad de Puebla. Trabajó en el Centro de Estudios Históricos de Puebla, A. C.,³ donde continuó sus investigaciones, fruto de las cuales son *Puebla: azulero mexicano* (1971) y, su obra póstuma, la *Hemerografía del periodismo mexicano* (1989).

La cercanía con los libros y las publicaciones periódicas, su espíritu de bibliófilo y su interés académico y laboral lo hicieron coleccionar diversos documentos. De ahí que en el Archivo Histórico de la UNAM se encuentre una colección que lleva su nombre, la cual reúne correspondencia oficial en su cargo de director de la Hemeroteca Nacional, así como documentación sobre presupuesto, artículos periodísticos y asuntos sindicales, entre otros. Estos materiales fueron donados por el historiador Álvaro Matute,⁴ quien a su vez los recibió como donación por un coleccionista privado que compró los documentos y libros probablemente en la década de los 70 o los 80 en el mercado de Lagunilla.

² “Se exhorta a todos a que enriquezcan la Hemeroteca Nacional UNAM”, *Gaceta UNAM*, núm. 28 (10 de julio de 1961): 6.

³ Cf. María Teresa Camarillo e Irma Lombardo, *Hemerografía del periodismo mexicano* (México: UNAM, IIB, 1989), 9-13. Mi agradecimiento a la doctora Irma Lombardo por compartir añoranzas de Rafael Carrasco Puente.

⁴ Felicitas González, entrevista al doctor Álvaro Matute, junio de 2017. Mi agradecimiento al doctor Matute por su amabilidad, su tiempo y por compartir esta información.

En 1948 Rafael Carrasco, hombre visionario, manifestó la importancia de la Hemeroteca, declarando que ésta tenía que tener:

un edificio *ad hoc* para el Palacio de Prensa, con gabinete para investigadores [...] salas de exposiciones y conferencias, departamento de publicaciones para ciegos, museo iconográfico, talleres de imprenta, encuadernación, fotografía, fotostato, cinematografía, microfilm, estación radiodifusora o instalación adecuada para transmitir a control remoto las informaciones y audiciones importantes a la república, a fin de que la Hemeroteca se convierta en moderno centro de noticias, con los elementos indispensables, para que continúe su alta labor educativa y de investigación.⁵

Hoy la Hemeroteca Nacional de México integra y rebasa algunas ideas y visiones de su primer director, quien creyó —como los intelectuales posrevolucionarios— en la educación, en las bibliotecas, en el libro y en las publicaciones periódicas como fuentes de progreso.

A continuación se presenta una relación en orden cronológico de las obras de Carrasco Puente, algunas se localizan en la Biblioteca Nacional de México, otras se pueden consultar en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, de la SHCP.

BIBLIOGRAFÍA DE RAFAEL CARRASCO PUENTE

La Biblioteca Nacional de México: apuntes históricos [mecanuscrito]. Compilado por Rafael Carrasco Puente. 286 hojas sin numeración. México, 1937 [Ilustraciones, retratos, 1 hoja plegable; 29 cm. Dedicatoria manuscrita: "Para la Biblioteca Nacional de México, cariñosamente y con mi gratitud. México, D. F., 16 junio, 1943. Raf. Carrasco Puente"].

Iconografía de educación: 1905-1946. Colección formada por el bibliotecario Rafael Carrasco Puente, jefe de la Hemeroteca Nacional de México. 83 pp. México: [Departamento de Publicidad y Propaganda

⁵ César Lizardi Ramos, "Las riquezas de la Hemeroteca Nacional de México", *Universidad de México*, 21 (septiembre de 1948):13.

de la Secretaría de Educación Pública], 1946 [Il., retrs. Dedicatoria manuscrita: "Para el profesor Roberto Ramos Viguera, eminente bibliógrafo y bibliotecario. Con todo afecto, Raf. Carrasco Puente. México, D. F. 6 de abril de 1946"].

"La Hemeroteca Nacional". *Universidad de México*. Vol. 1, núm. 12 (septiembre de 1947): 29-30.

Historia de la Biblioteca Nacional de México. Traducción al inglés por Erwin K. Mapes. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Departamento de Información para el Extranjero, 1948, 161 pp.

Bibliografía del Istmo de Tehuantepec. Prólogo de Alfonso Francisco Ramírez. Monografías Bibliográficas Mexicanas; Segunda Serie 1. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Departamento de Información para el Extranjero, 1948, 634 pp. [Il. Incluye índice de materias e índice onomástico].

Catarina de San Juan y la China poblana. Presentación de Enrique Cordero y T. Bibliografía. México: s. n., 1948, 15 pp. [Dedicatoria manuscrita: "Para la Biblioteca Nacional de México. Raf. Carrasco Puente. México D. F., 27 de diciembre de 1948"].

Iconografía de Hacienda: secretarios y encargados del Ramo, desde que se inició la Revolución Mexicana de 1910 hasta la fecha. Colección formada por el c. Rafael Carrasco Puente, jefe de la Hemeroteca Nacional de México. México, 1948, 25 pp.

La Hemeroteca Nacional de México, historia, reglamentos e iconografía. México: Universitaria, 1949, 40 pp.

Bibliografía de Catarina de San Juan y de la China poblana. Monografías Bibliográficas Mexicanas; Segunda serie 3. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Departamento de Información para el Extranjero, 1950, 149 pp. [18 hojas de láms., il. Apéndice: pp. [127]-135. En hoja guarda, artículo periodístico de Fernando Mota: "Rafael Carrasco Puente. Bibliografía de Catarina de San Juan y de la China poblana. México. 1950"]. *Jueves de Excelsior* (3 de mayo de 1951).

Hemerografía de Zacatecas, 1825-1950: con datos biográficos de algunos periodistas zacatecanos. Prólogo de José María González de Mendoza. Monografías Bibliográficas Mexicanas; Segunda Serie 4. México: Secretaría de Relaciones Exteriores: Departamento de Información

- para el Extranjero, 1951, 203 pp. [Il. Presenta: Índice general alfabético formado por Roberto A. Esteva Monroy. Índice de láminas].
- Bibliografía industrial: tomo 1*. Prólogo de Vito Alessio Robles. México: Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 1952, 483 pp. [Il. Nota: "Esta obra obtuvo tercer premio, medalla y diploma, en el Concurso convocado por el Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, para la industrialización del país"].
- La caricatura en México*. Prólogo de Manuel Toussaint. México: Universitaria, 1953, 322 pp.
- "La caricatura en México". *El Libro y el Pueblo* 20, núm. 37 (septiembre-octubre de 1958): 75-88.
- Datos históricos e iconografía de la educación en México*. México: Secretaría de Educación Pública, 1960, 284 pp. [Il. Índice de materias. Índice onomástico].
- "El café en México: fichas hemero-bibliográficas". *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, 190-208 (20 de noviembre de 1960). [Nota de presentación por Jesús Castañón Rodríguez.]
- "La caricatura en México. Fichas Hemero-Bibliográficas". *Suplemento del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, 217 (1° de febrero de 1961).
- La prensa en México: datos históricos*. Prólogo de María del Carmen Ruiz Castañeda. [México]: UNAM, 1962, 300 pp.
- Antolobibliografía del rebozo mexicano*. Prólogo de Agustín Aragón Leyva. [Puebla:] Ediciones del Centro de Estudios Históricos de Puebla [1968] [Il. Índice onomástico. Índice de rubros. Índice de grabados. Dedicatoria: "Para mi inolvidable Biblioteca Nacional de México, afectuosamente Raf. Carrasco Puente. Puebla, Pue., 30 de enero de 1969"].
- "Recordación de Juan B. Iguíniz". *Sobretiro del Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970): 15-16.
- Puebla: azulejo mexicano*. Prólogo de Fortino Ibarra de Anda. [Puebla:] H. Ayuntamiento de Puebla, Relaciones Públicas, 1971, 403 pp.
- Efemérides bibliohemerográficas de la Universidad de México. 1525-1967*. *Sobretiro del Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 10 (julio-diciembre de 1973): 113-186.

Hemerografía del periodismo mexicano. Selección, organización y presentación de María Teresa Camarillo e Irma Lombardo. México: UNAM, IIB, 1989, 600 pp.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación. <http://www.ahunam.unam.mx>.
- "Biblioteca Central, 20 años de fecundo desarrollo". *Gaceta UNAM* 12, núm. 28 (12 de abril de 1976): 6-8.
- Camarillo, María Teresa e Irma Lombardo. *Hemerografía del periodismo mexicano*. México: UNAM, IIB, 1989.
- Carrasco Puente, Rafael. "La Hemeroteca Nacional". *Universidad de México* 1, núm. 12 (septiembre de 1947): 29-30.
- Curriculum vitae de Rafael Carrasco Puente*. Expediente Rafael Carrasco Puente, Colección Iconoteca, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, UNAM.
- Lizardi Ramos, César. "Las riquezas de la Hemeroteca Nacional de México". *Universidad de México* 21 (septiembre de 1948): 12-14.
- "Se exhorta a todos a que enriquezcan la Hemeroteca Nacional UNAM", *Gaceta UNAM*, núm. 28 (10 de julio de 1961): 6.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



GLORIA ESCAMILLA GONZÁLEZ
(1926-2001)

Aurora Serrano*



ació en Monterrey, Nuevo León, el 11 de septiembre de 1926. Obtuvo el grado de la Maestría en Letras Inglesas en 1952. Años después, en 1960, se recibió de la Maestría en Biblioteconomía; hizo ambos posgrados en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La trayectoria y los trabajos realizados por la maestra Escamilla son de gran trascendencia. Valga señalar que existen diversos ensayos dedicados a sus aportaciones a la Biblioteca Nacional de México y a otras instituciones. Las Jornadas Académicas del Instituto de Investigaciones Bibliográficas del 2001, año de su deceso, estuvieron dedicadas a su labor como un merecido reconocimiento.

Este texto pretende destacar las actividades que la maestra Gloria Escamilla desarrolló en la Biblioteca Nacional, institución para la que

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

laboró durante más de 30 años. Sus contribuciones se vieron reflejadas tanto en el área administrativa, cuando estuvo al frente de distintos departamentos, como en su etapa de investigadora del Instituto, al igual que docente en el Colegio de Bibliotecología y asesora en otras instituciones.

Su relación con la Biblioteca Nacional inició en la década de los 50, como trabajadora durante la administración del doctor Manuel Alcalá. Entre los cargos que desempeñó fue jefa del Departamento de Servicios al Público; más tarde, de 1963 a 1968, dirigió el Departamento de Servicios Técnicos (actual Departamento de Catalogación), área en la cual desarrolló un arduo trabajo, con grandes aportes a la organización de los fondos documentales, sobre todo si consideramos que la Biblioteca— como bien anota el doctor Ernesto de la Torre— “no poseía cuenta de sus fondos ni organización alguna”.¹ Con sus labores, fundó las bases para la organización de los fondos documentales y estableció políticas basadas en códigos internacionales adecuadas a las necesidades de la Biblioteca, que fueron adoptadas por otras bibliotecas.

En este sentido, destaca la publicación en cuatro volúmenes de la *Lista de encabezamientos de materia elaborada en el Departamento de Catalogación de la Biblioteca Nacional de México*; publicada en 1967 y considerada la versión preliminar, incluía los encabezamientos que la BNM había empleado en sus catálogos desde 1961 hasta la fecha de su publicación.

En 1978 se realizó una segunda edición en un solo volumen de 876 páginas, con un tiraje de 2 mil ejemplares. Muy pronto se convirtió en una obra necesaria y de referencia obligada para el trabajo de los procesos técnicos en las bibliotecas. La obra se basó en la estructura de la lista de la Biblioteca del Congreso de Washington y en el criterio de “ir formando el catálogo al mismo tiempo que se va haciendo la catalogación de los libros [...] procediendo o bien a la traducción directa del término o bien a la formación de un encabezamiento de acuerdo con la materia concreta del libro clasificado y al espíritu propio de nuestro idioma”.²

¹ Ernesto de la Torre Villar, “La Biblioteca Nacional de México, remembranza de la maestra Gloria Escamilla”, *Nueva Gaceta Bibliográfica*, año 5, núm. 20 (octubre-diciembre de 2002): 3.

² Gloria Escamilla González, *Lista de encabezamientos de materia elaborada en el Departamento de Catalogación de la Biblioteca Nacional de México*, 2a edición (México: UNAM, 1978), vi.

Cabe señalar que *La Lista de encabezamientos...* sirvió como base para formar el actual catálogo de autoridades de temas de la Biblioteca Nacional.

Contribución de la maestra Escamilla fue el desarrollo de la clasificación decimal para la parte relativa a México, publicada en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* con el título "Anteproyecto de ampliación de la subdivisión común de lugar dedicada a México en la Clasificación decimal universal". Esta obra fue de gran ayuda para poder representar en la clasificación a los estados y municipios del territorio nacional. Su propuesta aún sigue vigente y es de uso cotidiano en la actividad de la clasificación.

Las dos publicaciones citadas constituyen, en mi opinión, aportaciones muy valiosas para la institución y para el sistema de bibliotecas, pues ponen a su disposición una herramienta en español para la catalogación de sus colecciones.

Otro cargo que desempeñó —y que merece especial atención— fue estar al frente del Departamento de Bibliografía Mexicana. Dicho departamento estaba encargado de realizar la compilación de la producción editorial mexicana, la cual se publicaba bimestralmente con el título *Bibliografía Mexicana*. Además de ponerla al día, Gloria introdujo cambios sustanciales en la presentación y contenido de la publicación: las fichas proporcionaban mayor información, además de incluir otro tipo de materiales que hasta entonces no se registraba, como grabaciones, música impresa, materiales cartográficos, sellos de correo, etc. La publicación de la *Bibliografía Mexicana* tenía un doble propósito. Uno consistía en registrar los materiales conforme iban ingresando a la Biblioteca, en cumplimiento del Depósito Legal; el otro, proporcionar a las bibliotecas un auxiliar que les permitiera agilizar sus servicios.

Estar al frente del Departamento de Bibliografía Mexicana le permitió innovar en el tema. Así, propuso una normatividad con base en las *Anglo-American Cataloguing Rules* y apoyada en su propia experiencia. El resultado se encuentra en su libro *Manual de metodología y técnica bibliográficas*, del cual se imprimieron tres ediciones (1973, 1976 y 1982).

Otra de sus aportaciones que hay que destacar es la formación y organización de las denominadas Salas Especiales de la Biblioteca: hacia la década de los 80 se diversificó la presentación física de los materiales por lo que, de acuerdo con su recomendación, se organizaron por tipo de

material: Videoteca, Materiales didácticos, Mapoteca, Fonoteca e Iconoteca, que se unieron a los existentes Sala de Bibliografía y Departamento Tifológico.

Como investigadora participó en diversas comisiones, ya fuera en Consejo Interno o en el Comité de Becas y el Comité Editorial, entre otras. De su participación en el último resalta la sugerencia —que se acordó como criterio editorial— de que las impresiones del Instituto se publicaran con su respectiva ficha catalográfica.

Su producción bibliográfica cuenta con más de 30 publicaciones, entre libros, ponencias, artículos y reseñas. En sus obras se encuentran las materias que marcaron sus líneas de investigación: la bibliografía, la catalogación, la clasificación y los encabezamientos de materia. Este último fue un tema que dejó inconcluso, pues trabajaba en una tercera edición de la *Lista de encabezamientos...* cuando falleció.

La maestra Escamilla siempre buscó mantenerse actualizada en la literatura especializada. Muestra de ello son sus constantes reseñas publicadas en el *Boletín del IIB* y en cada uno de sus trabajos y proyectos. Además, su constante actividad docente lo requería, pues fue profesora del Colegio de Bibliotecología, y en el Instituto impartió cursos y talleres de actualización en catalogación descriptiva. Son resultado de su práctica educativa dos textos monográficos: *Interpretación catalográfica de los libros* (1979) y *Manual de catalogación descriptiva* (1981). Ambos se convirtieron en referencia obligada para aquellos que buscaban introducirse en la catalogación bajo normas y criterios internacionales.

Tenía la maestra Escamilla una fuerte personalidad, aunque de trato amable y respetuoso. Siempre fue puntual para iniciar el trabajo. Desde que llegaba se colocaba al frente de su máquina de escribir y sólo interrumpía para el receso de 30 minutos a las 11, momento en que se levantaba con su taza de café en la mano para tomar un descanso en la jornada laboral. Disfrutaba de la buena comida. Durante los años que estuvo al frente del Departamento de Bibliografía Mexicana, compartía con los integrantes los festejos de fin de año o alguna otra celebración. Si bien era una persona estricta, también sabía reconocer el esfuerzo y la dedicación de sus colaboradores.

Sin duda, la maestra Gloria Escamilla González dejó en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas una huella, por su capacidad de trabajo

y organización, y la trascendencia de su obra va más allá del ámbito institucional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Escamilla González, Gloria. *Lista de encabezamientos de materia elaborada en el Departamento de Catalogación de la Biblioteca Nacional de México*. 2ª edición. México: UNAM, 1978.

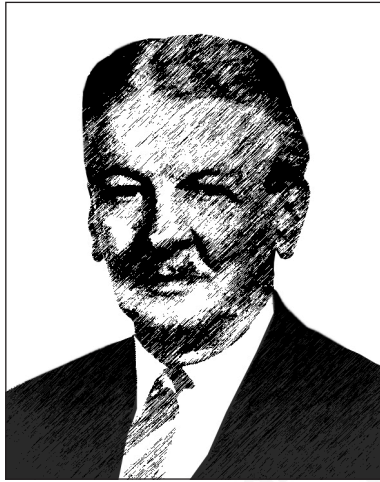
Torre Villar, Ernesto de la. "La Biblioteca Nacional de México, remembranza de la maestra Gloria Escamilla". *Nueva Gaceta Bibliográfica*, año 5, núm. 20 (octubre-diciembre de 2002): 1-6.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



GUILLERMO FERNÁNDEZ DE RECAS
(1894-1965)
UN CABALLERO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Manuel Suárez Rivera *



lo largo de los 150 años de existencia de la Biblioteca Nacional de México (BNM) y los 50 del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB) de la UNAM, la variedad de perfiles de investigación y personajes que desde el interior de dichas instituciones forjaron la bibliografía, hemerografía e historia del libro es notable en nuestro país. Entre los historiadores que con su incansable trabajo contribuyeron al engrandecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano (antecedente inmediato del IIB) se encuentra, sin duda, don Guillermo Fernández de Recas, quien perteneció a la institución a partir de 1958. Por desgracia, la muerte lo sorprendió el 14 de junio de 1965, como director de la Biblioteca Nacional, cargo que ocupó en la primera mitad de ese mismo año, siendo Ernesto de la Torre Villar su sucesor. “De

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

trato amable y agradable presencia, pulcro y elegante en el vestir, alto y ligeramente delgado”,¹ don Guillermo fue uno de los investigadores más destacados en el ámbito de la heráldica y genealogía en nuestro país.

Nació el 20 de septiembre de 1894 en la Ciudad de México; realizó sus primeros estudios en el antiguo Colegio Inglés de Mariscal y posteriormente en la Escuela Preparatoria Nacional, con sede en San Ildefonso.² Perteneció a una familia acomodada y educada, pues fue hijo del ministro de Instrucción Pública durante el porfiriato, Justino Fernández, y de Sergia García Izquierdo. Quizá por el entorno familiar del que provenía, la vocación de Guillermo se inclinó siempre por la erudición, la historia y en particular por la heráldica. En palabras de Ernesto de la Torre Villar, don Fernando era un “investigador ameritado, orientado hacia los estudios genealógicos y heráldicos [...] su cordialidad no conoció límites y se extendió limpia y eficaz a todos sus amigos, compañeros de trabajo y discípulos que le seguían y para quienes siempre tuvo la frase acogedora y la ayuda oportuna y callada”.³

Su obra de mayor trascendencia en la historiografía del siglo xx fue sin duda su último libro: *Mayorazgos de la Nueva España*, publicado en 1965 por el Instituto Bibliográfico Mexicano. La obra incluye la transcripción de 62 mayorazgos de diferentes regiones de la Nueva España, fruto de una ardua labor de archivo que incluyó documentos tanto del Archivo General de la Nación como de algunos repositorios particulares. La introducción a dicha obra es muy clara y permite al lector generar una idea de la forma en la que funcionaron los mayorazgos en la época virreinal; sin duda, es una obra de referencia en términos de genealogía hasta nuestros días.

En efecto, como se aprecia claramente en toda su producción académica, la mayor pasión de don Guillermo fue la heráldica, disciplina a la que dedicó bastantes años y publicaciones en su vida. Otro ejemplo es el

¹ Ignacio González-Polo, “Fernández de Recas ha muerto”, *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, 2ª. época, año xi, núm. 323 (15 de julio de 1965): 23.

² González-Polo, “Guillermo S. Fernández de Recas *post mortem* (1894-1965)”, Suplemento de *El Nacional* (12 de junio de 1966): 7.

³ Ernesto de la Torre Villar, “Guillermo Fernández de Recas. *In memoriam*”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, 2ª. época, t. 16, 1-2 (enero-junio de 1965): 59.

libro *Descendencia ilegítima de Bernal Díaz del Castillo en la Nueva España*, que le valió el ingreso a la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica. Debo destacar también la investigación "Cacicazgos y nobiliario indígena de la Nueva España", incluida en el número 5 del *Boletín del Instituto Bibliográfico* en 1961, órgano de difusión en el cual don Guillermo participó entusiastamente, como destacaré más adelante.

En lo que respecta a la historia de la Real Universidad de México, don Guillermo también aportó trabajos de gran valía. En 1960 publicó la obra *Medicina: nómina de bachilleres, licenciados y doctores 1607-1780 y guía de méritos y servicios 1763-1828*. Se trata de un compendio documental emanado de los libros de grados del archivo de la Real Universidad de México en lo referente a la Facultad de Medicina, en donde se incluyen datos sobre la limpieza de sangre de los graduados. De particular utilidad para cualquier historiador de la Universidad es un apéndice que Fernández de Recas incluyó con el "Catálogo del Archivo de la Real y Pontificia Universidad de México", el cual consigna el contenido de cada uno de los volúmenes que integran el archivo de la universidad novohispana, así como un muy útil índice onomástico que facilita la localización de las personas que ostentaron algún grado académico de la Facultad de Artes. Esta obra le significó el Premio *Rietstap* que otorgaba el Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica, situándolo como uno de los genealogistas más visibles en nuestro país.

Tres años después de la publicación de la nómina de la Facultad de Medicina, don Guillermo dio a la luz *Grados de licenciados, maestros y doctores en artes, leyes, teología y todas las facultades de la Real y Pontificia Universidad de México*, sin duda, una investigación con mayor impacto en los trabajos históricos sobre la Universidad, ya que en esa ocasión el autor consideró todas las facultades de la Real Universidad en sus grados mayores. Asimismo, el trabajo requerido para realizar dicha obra implicó la revisión 44 volúmenes completos con un total de 22 mil fojas útiles; labor incansable que denota una gran pasión por los archivos.

Cabe destacar que los grados incluidos en esta investigación representan los de menor porcentaje cuantitativo, porque el grado más frecuente era primero el bachillerato en artes y después en las demás facultades, en virtud de la estructura que imperaba en esa época en la educación novohispana. De cualquier forma, la obra de Fernández de Recas en este

sentido se vuelve de consulta obligada para los estudiosos de la universidad novohispana, ya que, al igual que la obra en torno a la Facultad de Medicina, la información documental desplegada en ese libro es de gran valor histórico, en buena medida debido a la información de carácter genealógico que puede leerse en las limpiezas de sangre.

Además de los libros publicados, Fernández de Recas nos legó una buena cantidad de artículos en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Por ejemplo, el texto titulado “Libreros y libros de mediados del siglo xvii” se publicó a lo largo de varios números de dicho boletín, entre 1958 y 1961. La información contenida en esta serie de investigaciones es de tipo documental; es decir, don Guillermo recuperó algunos inventarios de librerías de mediados del siglo xviii entregados a la Inquisición, como el de Juan de Rivera, Agustín de Santiesteban y Francisco Lupercio, Juan Lorenzo Bezón, Hipólito de Rivera y Paula de Benavides. Este último fue el de mayor extensión, ya que tiene 1,020 títulos. Don Guillermo transcribió las listas y realizó un pequeño análisis general de las obras que contenían. Si bien no fue un análisis exhaustivo, sí le permitió tener un panorama general de las obras que estaban disponibles en la Ciudad de México a mediados del siglo xvii.

Como se aprecia, la obra de Guillermo Fernández de Recas fue vasta y a pesar de mostrar una preferencia marcada hacia la genealogía y la heráldica, los temas a los que les dedicó sus esfuerzos académicos fueron muy amplios. Sin duda, el elemento común en toda su obra es el rigor histórico y documental que imprimió, resultado de la pasión y entusiasmo de un erudito entregado a la historia, quien cimentó las bases de nuestro actual Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

Basten las palabras de quienes lo conocieron en vida para dar una idea de su personalidad. Ernesto de la Torre lo recuerda como:

a más de un amigo leal, un perfecto caballero, no sólo por su apostura siempre limpia y digna, sino por su conducta ejemplar, por su trato cordial, por su comprensión de las relaciones humanas. Pocos varones hemos conocido como él, que hayan sabido llevar con tanta dignidad el humano

existir y la responsabilidad que la vida depara, y sobre todo la condición de amigo, de funcionario y de maestro.⁴

Sirvan pues, los 150 años de la Biblioteca Nacional de México para recordar al caballero don Guillermo Fernández de Recas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

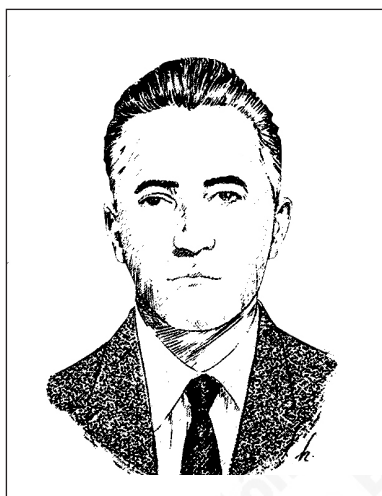
- González-Polo, Ignacio. "Fernández de Recas ha muerto". *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*. 2ª. época, año XI, núm. 323 (15 de julio de 1965): 23.
- _____. "Guillermo S. Fernández de Recas *post mortem* (1894-1965)". Suplemento de *El Nacional* (12 de junio de 1966): 7.
- Torre Villar, Ernesto de la. "Guillermo Fernández de Recas. *In memoriam*". *Boletín de la Biblioteca Nacional*, 2ª época, t. 16, 1-2 (enero-junio de 1965): 59-60.

⁴ *Ibid.*

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



JORGE GURRÍA LACROIX
(1917-1979)

Lorena Gutiérrez Schott*



El 19 de septiembre de 2017, año de nuestro doble aniversario institucional, se cumplió un siglo del nacimiento de Jorge Gurría Lacroix, historiador oriundo de la Ciudad de México. Fue hijo de Ángel Gurría González y Francisca Lacroix Rovirosa, naturales de Teipa y Macuspana, Tabasco, respectivamente, quienes se habían trasladado a la capital del país en la década de 1910. La familia de don Ángel era de origen navarro y doña Francisca pertenecía a una distinguida familia tabasqueña de origen francés. La familia regresó al estado sureño cuando Jorge tenía 2 años de edad y se estableció en el puerto de Frontera, muy cerca del Río Grijalva, donde don Ángel, quien se desempeñaba como farmacéutico, se dedicó a la distribución y surtido de medicinas a las farmacias, labor que le permitió hacerse de algunos recursos y comprar fincas ganaderas.

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

Jorge cursó sus primeros estudios en el Instituto Morelos de ese puerto hasta 1927, año en que la familia se trasladó a Tampico, donde continuó su formación en la escuela “Rosas Moreno”. En 1932, los Gurría Lacroix regresaron a la Ciudad de México y se establecieron en Coyoacán. Jorge siguió estudiando en el Instituto Juárez y terminó la secundaria en la escuela “Lauro Aguirre”, en 1934; al año siguiente ingresó “en la Escuela Nacional Preparatoria y en 1937 en la Escuela Nacional de Jurisprudencia [...] El 20 de agosto de 1943 obtuvo el título de licenciado en derecho, publicándose en ese año su tesis profesional, *Suspensión de garantías*.”¹

Cinco años más tarde decidió continuar su vida universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el antiguo edificio de Mascarones, donde estudió una maestría en Historia de México. Se graduó el 26 de noviembre de 1963, tras defender la tesis “Anastasio Zerectero. Estudio historiográfico de sus Memorias”, en la Torre de Humanidades de Ciudad Universitaria, donde se ubicaba ya la Facultad de Filosofía y Letras. En 1975 el trabajo “Fray Juan de Torquemada y la Conquista de México” le valió el grado de doctor.

Durante sus años en Mascarones, Gurría convivió con Xavier Moysén, Martín Quirarte, Ernesto Lemoine y otros jóvenes estudiantes que más tarde se convirtieron en reconocidos historiadores; y en las aulas de Filosofía su vasta cultura se enriqueció aún más gracias a las cátedras de Pablo Martínez del Río, Francisco de la Maza, Alberto María Carreño, Federico Gómez de Orozco y Vito Alessio Robles, entre otros. “Su llegada a la edad adulta para entregarse con amor y pertinencia a los estudios históricos no era de ninguna manera la de un impreparado —relata Quirarte—. Tenía ya una sólida formación humanística. Abogado recibido, alternaba la tarea del litigante con el estudio de la historia. Nos sorprendió y fascinó su ya rica biblioteca.”²

Desde finales de la década de 1940 Gurría se dedicó de lleno a la docencia, la investigación, la edición de obras históricas y el conocimiento

¹ Ignacio Rubio Mañé, “Jorge Gurría Lacroix, 1917-1979”, en *De la historia. Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*, ed. de Antonio Pompa y Pompa (México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985), 14.

² Martín Quirarte, “Jorge Gurría Lacroix: el hombre y el amigo”, en *De la historia...*, 29.

y la defensa del patrimonio histórico y artístico, tareas que combinó con algunas encomiendas de índole administrativa. En 1949 publicó su primer estudio histórico, "Santa María de la Victoria. Primera fundación en la Nueva España", que apareció en el tercer volumen de la serie que editaba en México la Sociedad de Estudios Cortesianos y en el cual su atención se dirigió a Tabasco, lugar al que consideraba su patria chica.³

Gurría inició su actividad docente como profesor de Historia de México en la Escuela Nacional Preparatoria y como ayudante de Vito Alessio Robles en la cátedra de Historia de las Provincias Internas en la Facultad de Filosofía y Letras. Más tarde impartió Geografía Histórica de México, Historia de la Conquista de México, Historiografía de México y el seminario de Historiografía de los siglos XVI y XVII, también en la Facultad. La historia de la historiografía, la Conquista y la historia de Tabasco fueron los temas de mayor interés que aparecieron en sus trabajos, desde el inicio de su carrera como investigador y los dos últimos, además, en su desempeño como profesor. "Su dinamismo, entusiasmo y capacidad como organizador hicieron que se le llamara a colaborar en varias instituciones".⁴ Fue secretario de la Biblioteca Nacional de México, en la última administración de Juan B. Iguíniz; jefe del Departamento de Publicaciones, asesor técnico en publicaciones y secretario general del Instituto Nacional de Antropología e Historia; secretario general de la Facultad de Filosofía y Letras; director general de Publicaciones de la UNAM y director del Instituto de Investigaciones Históricas. "En el cumplimiento de estos cargos encontró la manera de encauzar muchos de los intereses e inquietudes a los que dedicó parte de sus empeños".⁵

Un año antes de su encomienda en la Biblioteca Nacional, Gurría publicó en el *Boletín* de la institución (enero-marzo de 1952) un estudio, cercano a un análisis historiográfico, sobre La Conquista de Alfredo Chavero, primer tomo del *México a través de los siglos*; en el número de julio-septiembre del mismo año publicó un trabajo sobre el conquistador y cronista Bernardino Vázquez de Tapia y los motivos que lo llevaron

³ Miguel León-Portilla, "Jorge Gurría Lacroix (1917-1979)", *Estudios de Cultura Náhuatl* 14 (1980): 435.

⁴ R. C., "Jorge Gurría Lacroix (1917-1979)", *Estudios de Historia Novohispana* (1981): 7-8.

⁵ *Ibid.*

a escribir; en el trimestre siguiente dedicó un texto a la estancia de José Toribio Medina en México y a su interés por la bibliografía mexicana; y, por último, en el tercer trimestre de 1954 aportó algunos datos sobre la vida y obra del doctor Manuel Mestre Ghigliazza.

Gurría aprovechó su trabajo en la Biblioteca Nacional para dar a conocer crónicas y obras históricas poco difundidas que se encontraban en los estantes de ese repositorio. Al respecto, Agustín Cué Canovas destacó en un artículo publicado en el diario *El Nacional* que, después de 18 años, gracias a su director —Juan B. Iguíniz— y al talento y entusiasmo del licenciado Jorge Gurría Lacroix, la Biblioteca Nacional había iniciado una nueva serie de publicaciones, inaugurada con la *Crónica de la Merced* de Cristóbal de Aldana y seguida por los volúmenes 1 y 2 de la *Continuación del cuadro histórico de la revolución mexicana* de Carlos María de Bustamante. El prólogo y notas de los libros fueron elaborados por el propio Gurría. “Con esta obra editorial de magna importancia, que esperamos no sea interrumpida —concluye Gurría—, la Biblioteca Nacional presta imponderable y extraordinario servicio a la cultura mexicana”.⁶

Por esa misma época se hizo cargo de la serie Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia de México, en la cual aparecieron obras de Bernardino Vázquez de Tapia y Pedro Mártir de Anglería, entre otras. Durante su estancia en el Instituto Nacional de Antropología e Historia se imprimió un gran número de obras de arqueología, antropología, historia y otros temas. Su ya vasta experiencia en la edición hizo que se le considerara para hacerse cargo de la Dirección General de Publicaciones de la UNAM, puesto al que renunció cinco años después para dirigir el Instituto de Investigaciones Históricas.

Jorge Gurría Lacroix falleció el 11 de febrero de 1979 siendo investigador y director de Históricas y coeditor, junto a Rosa Camelo, Josefina Muriel e Ignacio del Río, de la publicación semestral *Estudios de Historia Novohispana*. En palabras de Rosa Camelo —su colega y amiga—, Gurría fue “buen amigo, noble y leal, la última virtud es, quizá, la que mejor lo

⁶ Jorge Gurría Lacroix, “La Biblioteca Nacional y su obra editorial”, *El Nacional*, 1ª sección (19 de noviembre de 1953): 3, 8.

define. Su vocación intelectual, su dinamismo, su buena fe, produjeron frutos que perdurarán más allá de su desaparición”.⁷

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gurría Lacroix, Jorge. “La Biblioteca Nacional y su obra editorial”. *El Nacional*, 1ª sección (19 de noviembre de 1953): 3, 8.
- León-Portilla, Miguel. “Jorge Gurría Lacroix (1917-1979)”. *Estudios de Cultura Náhuatl* 14 (1980): 436-437.
- Quirarte, Martín. “Jorge Gurría Lacroix: el hombre y el amigo”. En *De la historia. Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*. Editado por Antonio Pompa y Pompa. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985.
- R. C. “Jorge Gurría Lacroix (1917-1979)”. *Estudios de Historia Novohispana* 7 (1981): 7-9.
- Rubio Mañé, Ignacio. “Jorge Gurría Lacroix, 1917-1979”. En *De la historia. Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*. Editado por Antonio Pompa y Pompa. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985.

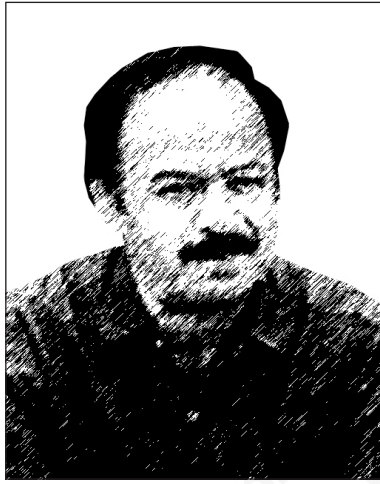
⁷ R. C., “Jorge Gurría Lacroix (1917-1979)”, 8.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



ROBERTO HEREDIA CORREA
(1937-2012)

Hilda Julieta Valdés García *



Roberto Antonio Heredia Correa cursó la primaria en la escuela de su natal Ucareo, Michoacán. Su padre fue su primer maestro. En el Seminario Tridentino de Morelia realizó los estudios de secundaria, allí aprendió latín. Se formó como profesor normalista en la Escuela Nacional de Maestros, al mismo tiempo que cursaba el bachillerato en el Plantel 5 de la Escuela Nacional Preparatoria. Estudió la licenciatura, maestría y doctorado en Letras Clásicas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Defendió las tesis correspondientes en 1968, 1976 y 1989.

Impartió las asignaturas Etimologías grecolatinas, Literatura universal, Griego y Latín en el Platel 7 de la Escuela Nacional Preparatoria; y Latín v y vi, así como Literatura latina iii y iv en la Facultad de Filosofía y Letras, a partir de 1967. Ese mismo año se integró al Centro de Traductores de

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

Lenguas Clásicas, antecedente del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas, del que fue miembro fundador en 1973.

Roberto Heredia participó en la elaboración del primer Plan de Estudios del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM (1970), con el programa *Lectura de Clásicos*, y formó a la primera generación de profesores de esa asignatura. Colaboró en la fundación del Centro de Estudio de las Tradiciones de El Colegio de Michoacán y en la elaboración del Plan de Estudios de la Maestría de dicho centro.

Sus líneas de investigación fueron la literatura latina de la época imperial y los textos latino-mexicanos y tradición clásica de México. Heredia se interesó por los autores de la Edad de Plata de la literatura latina gracias a la orientación recibida de sus maestros Juan Jesús Posadas, Rubén Bonifaz Nuño y Manuel Alcalá, quienes insistían en la necesidad de emprender traducciones de otros autores, poco conocidos y estudiados como Petronio, Séneca, Tito Livio y Juvenal, entre otros. A Heredia debemos la traducción de las siguientes obras: *Sátiras* de Juvenal (1974), *Diálogo sobre los oradores* de Tácito (1977); *Apocolocíntosis del divino Claudio* de Séneca (1979), única sátira menipea de la literatura latina que ha llegado a nuestros días; *Satiricón* de Petronio (1997); del mismo autor, *Fragmentos y poemas* (1998), trozos literarios; *Epigramas* atribuidos a Séneca (2001); *Apología o Discurso sobre la magia* de Apuleyo (2003), único discurso judicial latino de la época imperial que se conserva; *De Petronio, el Satiricón y algunas digresiones* (1996); *San Jerónimo: ascetismo y filología* (2004), opúsculo interesantísimo en el que Heredia legó, de alguna manera, sus reflexiones sobre la traducción, y *El "Apologético" de Tertuliano* (2005).

La segunda línea de investigación la determinó Heredia siendo estudiante. Su formación con Agustín Millares Carlo y su relación académica con Rafael Moreno y Bernabé Navarro lo orientaron hacia los trabajos de los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. Su experiencia laboral en la Biblioteca Nacional de México y en el Archivo General de la Nación lo acercó a las fuentes bibliográficas y documentales, en las que se encuentra nuestra literatura e historia aún por descubrir.

Fue un investigador prolífico. En 1991 publicó *Loa de la Universidad: el "Prólogo" a las Selectae dissertationes Mexicanae de Juan José de Eguiara y*

Eguren; *Dissertatio ludicro-seria* de Diego José Abad (2000), *De dominio infidelium et iusto bello* de fray Alonso de la Vera Cruz, sobre esta obra publicó una traducción parcial en 2004, tres años después, la edición crítica y traducción completa en colaboración con Olga Valdés García.

Hasta donde tengo noticia, dejó una primera traducción de las siguientes obras: *De rebus Hispanorum gestis ad Novum Orbem Mexicumque* de Juan Ginés de Sepúlveda, *De vita Josephi Juliani Parrenni* de Andrés Cavo, *Margarita Mexicana* de Lorenzo Boturini. Fragmentos de estos y otros textos inéditos fueron traducidos en el Seminario de Textos Latino-mexicanos y Bibliografía Novohispana que estableció en 1996 en el Instituto de Investigaciones Filológicas, con el propósito de promover el interés por los textos neolatinos poco conocidos y por los acervos coloniales de nuestras bibliotecas. En este seminario participamos investigadores, profesores y alumnos de licenciatura y posgrado. En cada sesión semanal había algo nuevo que aprender: desde qué fuentes consultar hasta cómo resolver los problemas de traducción.

Su interés por la recepción de los autores clásicos en la educación mexicana lo llevó a elaborar varios artículos sobre Rafael Campoy, Francisco Javier Clavijero, Diego José Abad, Agustín Pablo de Castro, entre otros jesuitas del siglo XVIII, y sobre algunos educadores del siglo XIX: Mariano Rivas, José María Luis Mora, Clemente de Jesús Munguía y fray Martín Ochoa. Su obra *Savia perenne. La raíz latina de nuestra cultura* (1990) recoge varios artículos sobre autores latinos y su tradición clásica en México.

En 1991, Roberto Heredia publicó *Albores de nuestra identidad nacional. Algunos textos de la primera mitad del siglo XVIII*, amén de otros artículos como "La ascensión del pasado indígena por los criollos novohispanos" y "Fray Juan Zapata y Sandoval (ca. 1579-1630): un paso más allá del criollismo", que muestran el interés de Heredia por el tema de la formación de nuestra identidad nacional.

Llevó su labor docente más allá de la Facultad de Filosofía y Letras, ya que dictó varios cursos sobre sus líneas de investigación en otras instituciones nacionales y extranjeras, como en El Colegio de Michoacán, las universidades de Zacatecas, San Luis Potosí, Guadalajara y La Rioja (España), entre otras. Publicó libros de divulgación y artículos diversos en periódicos y revistas, y promovió y participó en cursos, mesas redondas,

congresos y conferencias en el país y en el extranjero sobre la tradición clásica latina en México.

En los 80, organizó un grupo de trabajo con el Instituto de Investigaciones Filosóficas para el estudio y traducción de los textos novohispanos de filosofía. En 1987, junto con Mauricio Beuchot, organizó el primer *Encuentro de Investigadores del Pensamiento Novohispano*,¹ que se realiza anualmente en diferentes universidades de los estados.

Heredia desempeñó cargos académico-administrativos en la UNAM para fortalecer y promover los estudios clásicos: fue coordinador del Departamento de Letras Clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de 1978 a 1983, allí organizó cursos interanuales para profesores de Letras Clásicas de la ENP, y cursos de Etimologías grecolatinas para los docentes de escuelas incorporadas. Siendo coordinador del Centro de Estudios Clásicos el doctor Germán Viveros, promovió la presencia de profesores españoles en nuestro colegio, como Martín Sánchez Ruipérez, Sebastián Mariner, Carmen Codoñer y José Lasso de la Vega.

Una de las acciones trascendentales de Roberto Heredia para la vida universitaria fue el establecimiento de los cursos básicos de traducción griega y latina en la Facultad de Filosofía y Letras, que hoy día continúan ofreciéndose de forma optativa para los demás colegios de la Facultad y como cursos libres y gratuitos para todos los alumnos de la Universidad, y para cualquier persona interesada en su estudio.

Siendo coordinador del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas (1986-1990), dirigió el anuario *Nova Tellus* y las colecciones que publica ese centro. Coordinó varios convenios con instituciones nacionales y extranjeras como la Universidad de Sonora, El Colegio de Michoacán, el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y la Universidad "La Sapienza" de Roma. Promovió estancias de profesores mexicanos en Italia, y de profesores italianos en México, que fructificaron en cursos y publicaciones.

En 1987 conformó un acuerdo con Estela González Cicero, entonces directora de la Biblioteca "Eusebio Dávalos" del Museo de Antropología

¹ La página web del encuentro puede consultarse en <http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/#.WX7UkIQ1-M8>.

del INAH, y con la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, para rescatar y hacer el inventario de los fondos bibliográficos antiguos custodiados por el INAH en diversos recintos. Frutos de este proyecto fueron los catálogos de los diversos fondos conventuales.

Dirigió el grupo de trabajo sobre la tradición clásica en México, solicitado por las universidades de Gotinga y Boston con motivo de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América. Estableció el Seminario Interno de Investigadores del Centro de Estudios Clásicos, como foro de presentación y discusión de los trabajos en proceso.

De 1985 a 1993 fue asesor del Departamento de Letras Clásicas en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras. En este periodo estableció un convenio con la Universidad de Salamanca, que fructificó en cursos anuales impartidos en nuestra *alma mater*, con profesores de la universidad española, y en estancias de alumnos y profesores mexicanos en España.

En 1990, Ignacio Osorio Romero fue nombrado director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (1990-1991) y lo invitó a colaborar como secretario académico. Con Osorio inició el "Proyecto unitario de catalogación del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional" y la "Bibliografía mexicana del siglo XIX".

En 1998 Heredia alcanzó el nivel III del Sistema Nacional de Investigadores. Entre los reconocimientos que recibió se encuentra el Premio Universidad Nacional de Investigación en Humanidades, otorgado por la UNAM en 2005. En 2010 se le rindió un merecido homenaje por sus 50 años de docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. Al año siguiente fue editado un volumen donde se compilaron las colaboraciones de colegas, amigos y discípulos de Heredia, bajo el sugerente título *Entre Roma y Nueva España*, obra que encierra los dos mundos en los que desarrolló su vocación uno de los latinistas más destacados de nuestro país. A partir de 2013 el Encuentro de Investigadores del Pensamiento Novohispano lleva la denominación "Roberto Heredia Correa" en honor al benemérito de los estudios de la cultura mexicana.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRÁFICAS



JUANA MANRIQUE DE LARA MACÍAS
(1899-1983)
UNA ESTRELLA EN EL HORIZONTE

Rosario Suaste*



El paso de nuestro país al siglo xx tuvo como telón de fondo una serie de cambios políticos, sociales y económicos que marcaron la vida de infinidad de personalidades que fueron protagonistas en la construcción del México moderno. En el ámbito político y como preámbulo del siglo xx, el gobierno del general Porfirio Díaz subsistió a la extinción del siglo decimonono.

El progreso material de la administración porfirista abrió la puerta a la inversión extranjera, principalmente norteamericana, en la última década del siglo xix, la cual se centró en la actividad minera, entre otras. Este capital propició cierto resurgimiento de zonas productoras como la del Mineral del Cubo en Guanajuato.

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

La sociedad porfiriana testificaría cómo las mujeres se irían abriendo paso en diversas actividades en las que demostrarían sus capacidades intelectuales. Fue la época en que Matilde Montoya se convirtió en la primera médico y en la que Laureana Wrioth (1846-1896) reflexionaba sobre el papel de la educación en la emancipación de la mujer.¹ Fue el tiempo en que el magisterio se feminizó y aparecieron nombres como los de Laura Méndez de Cuenca (1853-1928), Dolores Correa Zapata (1853-1924) y muchas otras más.

En tanto el país transitaba en esos y otros muchos acontecimientos, en el Mineral del Cubo, un fresco 12 de marzo de 1889, vio la primera luz la pequeña Juanita, a quien años después se le conocería como la profesora Manrique.²

Segunda de los 11 hijos de Juan Manrique y Paulina Macías, doña Juana vivió los primeros años de su vida en dicha comunidad minera, en la que su padre era el propietario de la tienda del lugar, mientras su madre se dedicaba al cuidado del hogar. Es en ese lugar donde Juanita tuvo su primer contacto con la escuela, institución que durante su trabajo profesional sería significativa.

Una experiencia premonitoria sobre el destino de la guanajuatense fue la posesión de un cajón de libros que le obsequió su abuelo paterno el día de su cumpleaños. Su orientación hacia la biblioteconomía sería también estimulada por la admiración que le causó la biblioteca de su abuelo materno: "La primera biblioteca que yo vi en mi vida [...] de modo que algo me quedó a mí de esa herencia de padre y madre o abuelos".³

Estas tempranas vivencias de Manrique también debieron verse estimuladas por el panorama que solamente la educación podía proporcionar, por ello su familia migró a la ciudad de Guanajuato, en donde "Estrellita"⁴ realizó la educación básica. Alrededor de los 13 años,

¹ Lourdes Alvarado, *Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wrioth* (México: UNAM, CESU, 2005).

² Estela Morales, "Entrevista. Juana Manrique de Lara", *Investigación Bibliotecológica* 1, núm. 1 (1986): 8, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ibi/article/view/3692/21332>

³ *Ibid.*, 10.

⁴ Estrellita y Beatriz de Campoamor son seudónimos que utilizó Juana Manrique de Lara.

comenzó a estudiar en calidad de interna en el Instituto Normal México, en el estado de Puebla. Podemos considerar su estancia en la Normal como la simiente de su idea de que la escuela y la biblioteca son entidades complementarias en la formación intelectual del pueblo.

Su residencia en Puebla coincidió con la invasión norteamericana a nuestro país, en 1914. Ante el posible paso del ejército invasor por el lugar, la entonces adolescente viajó a la Ciudad de México para encontrarse con sus padres, quienes ya vivían en la capital.

EL NACIMIENTO DE UNA BIBLIOTECARIA

Juana decidió iniciar su vida laboral como secretaria de una escuela, con su carrera magisterial trunca. Sin embargo, solamente obtuvo el cargo de ayudante de la directora, debido a su corta edad. Tenía sólo 16 años, pero Manrique ya mostraba que su espíritu no sería doblegado por los obstáculos que se le presentaran. Más tarde encontraría el apoyo necesario para convertirse en la primera bibliotecaria en México.

Así, el suceso que le impidió obtener el trabajo como secretaria le abrió el camino a la profesión de su vida, toda vez que el inspector escolar que le negó el puesto fue quien la invitó a que tomara los cursos que se impartían en la Biblioteca Nacional, aquellos que versaban sobre cuestiones de organización de bibliotecas y bibliografía.

Esta formación le permitió ser nombrada bibliotecaria técnica en la Biblioteca Nacional y tiempo después, a instancia de Jaime Torres Bodet, fue designada jefa de la Biblioteca de la Escuela Primaria Corregidora, en donde "hacía propaganda entre todas las mujeres de la calle. Y me decían ¿podemos entrar? Sí, ¡pueden entrar! Y pedían cuentos".⁵

Entre 1923 y 1924 fue enviada a estudiar en la Escuela de Bibliotecología de la Biblioteca Pública de Nueva York. A su regreso fue nombrada inspectora de bibliotecas en el entonces Distrito Federal. Su trayectoria profesional incluyó la promoción de la lectura mediante la creación y organización adecuada de bibliotecas infantiles y juveniles; como escritora publicó diversos artículos en revistas como *El Libro y el Pueblo*, *Biblos*,

⁵ Morales, "Entrevista...", 11.

Revista Mexicana de Educación y el Boletín de la Secretaría de Educación Pública.

Entre su producción escrita se encuentran textos como el *Manual del bibliotecario mexicano*, obra indispensable en la formación de varias generaciones de bibliotecarios, y *Bibliotecas escolares y literatura infantil*, documento en el que podemos observar sus ideas sobre la organización y las colecciones que deben tener las bibliotecas. Lugar aparte tiene su publicación *Seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos antiguos y modernos*, obra escrita en coautoría con Guadalupe Monroy y multicitada por Andrés Henestrosa en sus disertaciones de historia literaria “Alacena de Minucias”, colaboración periodística aparecida en el periódico *El Nacional*.

MÁS ALLÁ DE LA BIBLIOTECONOMÍA

Si bien Juana Manrique vivió su niñez en el marco de los últimos años de un periodo de grandes desigualdades sociales, como fue el gobierno de Porfirio Díaz, su juventud y su vocación en pro de la educación, en donde las bibliotecas serían un medio para lograr la emancipación de los mexicanos, quedarían marcadas por los cambios que provocó la lucha armada de 1910, que giraba en torno a la reivindicación de los derechos sociales del pueblo.

En cuanto a la formación de su pensamiento y su carácter profesional, resulta imprescindible reconocer la honda huella que debió dejar la cercanía de personalidades como José Vasconcelos, el joven Jaime Torres Bodet, Rafael Heliodoro Valle, Vicente Lombardo Toledano y la profesora María Arias Bernal,⁶ entre otras muchas personalidades. Estas figuras tuvieron una gran influencia en la construcción del nuevo Estado mexicano e inspiraron una faceta distinta en la trayectoria de Manrique. En tal virtud, podemos observar su preocupación por que la formación magisterial considerara materias como Biblioteconomía escolar, cuya

⁶ María Arias Bernal fue una maestra y activista maderista conocida como “María pistolas”, sobrenombre que ganó cuando el general Álvaro Obregón le regaló su pistola en reconocimiento a su labor política.

incorporación al programa tendría como objetivo que los mentores pudieran organizar las colecciones de libros para sacar el mayor provecho de la lectura, materia que también podría denominarse “El libro al servicio de la educación”.⁷ Asimismo Manrique se abocó a la elaboración de bibliografías sobre lecturas apropiadas para los niños y los jóvenes, al igual que algunas otras para el aprendizaje del inglés, francés e italiano.

En 1934, nuestra bibliotecaria participó en el Congreso Obrero y Campesino de la ciudad de Guadalajara. En tal encuentro se debatieron asuntos como la proscripción de todos los sacerdotes en el país, la prohibición de las casas de lenocinio, el apoyo a la educación socialista y la abolición de las escuelas particulares. La prensa de la época consideró la reunión como socialista y radical.⁸ Como mujer ilustrada de su tiempo, podemos ver que Manrique no fue ajena a la efervescencia social del México posrevolucionario.

La lucha de género también fue terreno fértil para la guanajuatense: participó activamente por el reconocimiento del derecho a votar de las mujeres. Exponía que la mujer moderna estaba igual o mejor preparada que los varones para expresarse en las urnas, por lo cual era necesario derribar el tabú de que la política estaba vedada para ellas. “Es necesario —decía— quitarse el miedo de que las señoras invadan los feudos del hombre” y afirmaba que “necesitamos el voto para que en los puestos públicos halla personas aptas”.⁹

No se puede pasar por alto su reflexión acerca de que la misión del bibliotecario consiste en acercar el libro al pueblo para mejorar su cultura y que para ello es necesario que aquel cuente con una amplia cultura, una sólida instrucción, una disciplina espiritual y el conocimiento de al menos una lengua viva, así como el trato amable y cordial para atraer a los lectores.¹⁰

⁷ “El libro al servicio de la educación”, Suplemento de Educación de *El Nacional* (29 de enero de 1953): 15.

⁸ “Guerra contra el fanatismo”, *El Nacional* (18 de septiembre de 1934): 1-2.

⁹ “Por qué y para qué necesitamos el sufragio femenino”, *El Nacional* (16 de marzo de 1932): 5.

¹⁰ Juana Manrique de Lara, “El bibliotecario moderno”, *El Libro y el Pueblo* (1° de abril de 1932): 9.

El final de la primera bibliotecaria mexicana llegó el 8 de octubre de 1983. Sin embargo, ese día también marcó el inicio de la recuperación de su pensamiento, ejemplo de la vocación y el compromiso que deben tener las nuevas generaciones de bibliotecarios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvarado, Lourdes. *Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wriqth*. México: UNAM, CESU, 2005.
- "Guerra contra el fanatismo". *El Nacional* (18 de septiembre de 1934): 1-2.
- "El libro al servicio de la educación". Suplemento de Educación. *El Nacional* (29 de enero de 1953): 15.
- Manrique de Lara, Juana, "El bibliotecario moderno". *El Libro y el Pueblo* (1° de abril de 1932): 9.
- Morales, Estela. "Entrevista. Juana Manrique de Lara". *Investigación Bibliotecológica* 1, núm. 1 (1986): 8. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ibi/article/view/3692/21332>.
- "Por qué y para qué necesitamos el sufragio femenino". *El Nacional* (16 de marzo de 1932): 5.



JOSÉ IGNACIO MANTECÓN
(1902-1982)
UN SABIO DE ARMAS TOMAR

Alejandro González Acosta *



Comandante y bibliotecario, gobernador general y archivero, comisario político y catedrático, sabio y hombre de acción, José Ignacio Mantecón Navasal (Zaragoza, 26 de septiembre de 1902 - México, 20 de junio de 1982) fue un personaje sorprendente en el mundo académico, con sus casi ocho décadas de vida, y quien dejó una honda huella en la Biblioteca Nacional de México y en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, donde llegó a ser, en palabras de Ernesto de la Torre Villar, “el investigador más consultado y respetado, siempre solícito y dispuesto a compartir su vasta erudición”.

Nació en una zona española histórica y brava, de la que dijo José Martí cuando fue estudiante de la Universidad de Zaragoza: “Para Aragón

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

en España / tengo yo en mi corazón / un lugar, todo Aragón, / franco, fiero, fiel, sin saña”.

Así pues, era aragonés, coterráneo de dos temperamentos tan fuertes como Francisco de Goya y Luis Buñuel (de quien fue su mejor amigo), y resultó un muchacho prodigio: a los 13 años, bachiller con nota de sobresaliente; a los 18, licenciado en Filosofía y Letras, y a los 21, en Derecho; al siguiente, con 22, después de unas reñidas oposiciones (Eugenio D’Ors decía que en esa época en España “todo el mundo había pasado unas oposiciones, o se estaba preparando para ellas”), ingresó en el muy exclusivo Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos de España. Ya en Madrid, se aplicó como investigador en la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico Nacional y el Museo Arqueológico, mientras realizaba su doctorado en Derecho en la Complutense, que obtuvo a los 23. Pero paralelamente sostuvo una intensa participación en la política española de su tiempo; apenas con 15 años pronunció su primer discurso público (1917) a favor de una república, denunciando el llamado “Desastre del Rif”, una extemporánea y desdichada aventura imperial hispana. A pesar que lo procuró, rechazó la invitación para incorporarse al Partido Radical que le hizo Alejandro Lerroux (un esperpéntico personaje que solía culminar sus discursos dramáticamente con frases como “yo, con estas manos callosas”... muy bien manicuradas y que nunca habían sentido otro roce que el de la pluma). Desde muy temprano tuvo muy definidos sus caminos y los recorrió resueltamente, sin retroceder nunca, empecinado como buen aragonés, republicano, bibliógrafo y experto en paleografía, en verdad una combinación inusual y llamativa.

Pero llegó la Guerra Civil, y aunque provenía de una familia muy acomodada, se puso del lado de los más humildes y combatió como militar en la contienda. No tenía un aspecto marcial ni mucho menos; corto de estatura, lo compensaba con una decisión enérgica, y usaba unas gruesas gafas de miope: era la imagen opuesta a la de un gallardo oficial, según lo recuerda cariñosamente su nieto¹ despertando admiración y sorpresas.

¹ Marco Aurelio Torres H. Mantecón, “Los maestros que perdimos los bibliotecarios: Semblanza de José Ignacio Mantecón Navasal”, *Educación y Bibliotecas*, núm. 139 (2004): 74-81.

La cruel contienda reveló condiciones insospechadas en el hasta entonces muy activo pero pacífico y joven erudito. Cuando el bisoño archivero ya convertido en jefe militar ocupó victoriosamente el campamento en el frente de Guadalajara, durante el fragor del duro combate en marzo de 1937, que hasta horas antes dominara el avezado capitán José Moscardó —quien luego dirigiría la resistencia del asedio al Alcázar de Toledo—, encontró entre los papeles abandonados por el enemigo desplazado una “Orden del día” donde informaba a su tropa: “Idea del enemigo: Bastará decir que el enemigo está mandado por un Doctor en Derecho y miembro del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”. Mantecón no ocultaba su gozo ante este hallazgo, muy satisfecho de que un simple “archivero” había derrotado al capaz Moscardó.

Su preocupación política despertó muy temprano, lanzando fuertes discursos contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera, y por ello el también doctor Manuel Azaña se acercó para invitarlo a sumarse al Partido Acción Republicana, que luego sería Izquierda Republicana, al cual perteneció hasta su exilio. En 1948, ya en México, se afilió al Partido Comunista Español, en el que continuó hasta su fallecimiento. En aquellos días, cuando hacía proselitismo —recordaba— a favor del Frente Popular, comenzó un discurso diciendo: “En la hipótesis de que perdamos las elecciones”... Y una voz ronca del público le gritó “¡Pues que muera la Hipótesis!”, lo cual brinda una idea del clima político de la época.

A los 23 años estaba investigando en el Archivo General de Indias en Sevilla, a cargo de los fondos de América del Norte, hasta 1933. De 1934 a 1935, ya en los albores del conflicto bélico, fue director del Archivo de la Delegación de Hacienda en la capital andaluza. Casó a los 25 años con Concepción de la Torre Bayona y tuvo con ella dos hijas: María Concepción (a los 26) y Matilde (a los 28). Es decir, antes de los 30 años ya tenía una familia que sostener. Sin embargo, cuando triunfó la República después de un proceso muy complejo y debatido, no aceptó ningún cargo ni empleo, pues se confesó “bastante insubordinado”, lo cual brinda idea de su talante y disposición personal. Apenas a los 30 años, aunque era aragonés pero muy respetado en Sevilla, fue elegido como presidente del Club Betis de Balompié, sustituyendo al torero Ignacio Sánchez Mejías, y condujo atinadamente a la asociación deportiva hasta obtener el Campeonato de la Segunda División Española.

Al estallar la sublevación de los militares —el 18 de julio de 1936— se encontraba en Madrid, y esa circunstancia fortuita lo salvó, pues mientras lo buscaban afanosamente en Zaragoza, como él mismo declaró burlonamente, “para convertirlo en abono orgánico”.

Aunque las autoridades de la República le ofrecieron un cargo civil, prefirió entrar en la vida militar y organizar con el socialista Eduardo Castillo las Milicias Aragonesas, y partieron al frente de batalla, donde obtuvo a los 34 años el grado de capitán y luego el de comisario político de “Los Leones Rojos”. A los 35 fue gobernador general de Aragón, y al ser cercado por el enemigo tuvo que salir de España por la frontera aragonesa hacia Francia, para reingresar luego más al norte, hasta la derrota total de la República.

Partió al exilio en un destructor inglés de nombre con resonancias gongorinas, pero nada pastoriles, Galatea, dejando atrás por la fuerza de las circunstancias a la esposa y las hijas, junto con sus padres y su amada biblioteca. Primero estuvo en París y luego se trasladó a Londres, desde donde organizó la evacuación de los republicanos españoles hacia México, Chile y Venezuela, apoyando al cónsul general de Chile en Inglaterra, quien se convirtió desde entonces en uno de sus mejores amigos: Pablo Neruda. Regresó a Francia para estar más cerca del palpitante escenario, y fue entonces internado en un campo de concentración, del que salió para embarcarse en Burdeos (también lugar de destierro de su compatriota Goya, en su momento) hacia América en el vapor *Cuba*, que después de una escala en La Habana, finalmente lo dejó en el puerto de Veracruz, en 1940. Comenzaba una nueva etapa de su intensa vida.

Ya en tierra azteca, volvió a asumir su condición de humanista, sin dejar su militancia política: paradójicamente, el exilio le permitió regresar a su cauce anterior como erudito, y no sólo obtener el sustento para él y su familia (que se le reuniría poco después), sino contribuir decididamente en la preparación de especialistas en la generosa tierra que le concedió asilo y hogar, como una continuación de sus desvelos sociales y educativos.

Traían una leyenda por delante los republicanos españoles, como gente bravía y corajuda. Quizá por eso un espantado aduanero en los muelles de Veracruz reportó alarmado a la capital haber encontrado un gran lote de cajas claramente marcadas con las aterradoras iniciales TNT,

que sin dudas era un cargamento explosivo... hasta que se aclaró que en las mismas venían... los libros del filólogo hispano Tomás Navarro Tomás.

En México trabó amistad y simpatía mutua e inmediata con otro gran erudito español, Agustín Millares Carlo, quien ya se encontraba en el país desde antes de la Guerra Civil, pues había venido como cónsul republicano de España. Entre ambos, con una comunidad de intereses e ideas, se empeñaron en proyectos diversos y compartieron las tareas de la academia, al mismo tiempo que sus familias establecieron sólidos y perdurables lazos de fraternidad y camaradería. Ambos sabios fueron pilares fundamentales —y fundacionales— de los estudios de bibliología, biblioteconomía y bibliografía modernos en México, sumándose a la antigua tradición nacional de estas disciplinas, actualizándolas y proyectándolas hacia objetivos superiores, a los cuales consagraron generosamente sus fecundas vidas, como dan muestras perdurables en su rica bibliografía.²

Entre las numerosas obras sociales y educacionales que desarrolló Mantecón, ya en México, se encuentra la fundación del memorable Instituto Luis Vives, donde compartió labores con el canario Millares Carlo, de lo cual brotó su primer fruto en mancuerna, el *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955), que continúa siendo un manual de gran utilidad y vigencia, y el cual dio paso a muchas más obras. Fue invitado como investigador en El Colegio de México (1943-1946), aún entonces Casa de España, y emprendió el enorme pendiente de la catalogación de los libros de los siglos XVI y XVII en la Biblioteca Nacional de México, empeño del que aún continuamos beneficiándonos todos los estudiosos y especialistas; igualmente, fue uno de los más empeñosos gestores de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas que acogió la Secretaría de Educación Pública, donde fue el principal catedrático durante 20 años y resultó aclamado como profesor Emérito en 1964.

En la Universidad Nacional ingresó primero como investigador en el Instituto de Investigaciones Estéticas en 1955, y luego en 1958 pasó a

² Torres H. Mantecón, "Bibliografía General del doctor José Ignacio Mantecón Navasal", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 9, núms. 1 y 2 (2004): 215-279.

Bibliográficas, y en la Facultad de Filosofía y Letras fue profesor titular en el Colegio de Bibliotecología y Archivología; pero al mismo tiempo, y sin distraerse de sus deberes y compromisos académicos, sino como una extensión de los mismos, más allá de los muros universitarios, fue jefe de ediciones de la Editorial Patria, desde 1955, donde gestó e impulsó proyectos de gran valía cultural.

“Monje franciscano” guardián de libros antiguos, era también un cazador de ediciones raras y curiosas por los antiguos rumbos de la Lagunilla, que frecuentaba dominicalmente con sus amigos Pablo Neruda y Wenceslao Roces, traductor de Marx. Tenía “olfato y vista” para las piezas más interesantes, un instinto surgido desde su más temprana juventud.

Fue viajero por obligación: después de sus lances quijotescos republicanos, una vez llegó a su patria de adopción y refugio, sólo salió de México una vez, en 1960, para un Congreso del Partido Comunista Español en Praga, la bella capital bohemia, de donde además del reencuentro con antiguos camaradas de armas y letras, se trajo un ejemplar valioso: la *Historia de las Guerras Civiles de los Romanos*, de Apiano Alejandrino (Comellas, 1592), que pasó a ocupar un sitio privilegiado en su siempre creciente biblioteca, la cual pudo traerse de España finalmente y nutrir golosamente en México.

Fueron tantos y tan señalados los servicios de Ignacio Mantecón a la cultura mexicana que, según cuentan, un día sus colegas mexicanos decidieron ofrecerle un gran banquete de homenaje, donde se reunió toda la colonia republicana española en el país. Relatan que el orador principal y organizador se levantó para proponer el brindis de apertura, que comenzó al alzar su copa y decir en medio del desconcierto de los allí reunidos: “Quiero empezar por proponer un brindis dedicado a Francisco Franco Bahamonde”.

Ante las miradas asombradas y los gestos de incipiente molestia, el fino e irónico orador continuó su simpático brindis: “porque si no hubiera sido por él, México no se habría beneficiado con la valiosa presencia y los generosos frutos de ustedes, distinguidos intelectuales hispanos, hoy aquí con nosotros”. Un mar de carcajadas y aplausos cerró la inesperada intervención, y el banquete de agasajo se desarrolló gratísimamente hasta el final, celebrando todos la divertida ocurrencia, según afirman algunos que allí se encontraron.

Una estampa poco conocida de Mantecón es su empleo como “Editor de Campaña” o “Impresor de Guerra”: encontrándose en las cercanías del monasterio de Montserrat en Cataluña, junto con el poeta Manuel Altolaguirre —luego también venido a México, con algún tránsito por Cuba— realizaron la curiosa edición artesanal, fabricando ellos mismos el papel que ya no se encontraba por entonces, del cuaderno *España en el corazón*, del poeta y cónsul chileno Pablo Neruda, en una diminuta imprenta militar portátil para imprimir proclamas y bandos bélicos. Sin duda los tipos de acero se sorprendieron gratamente cuando cedieron su empleo a los floridos versos en lugar de las espartanas cláusulas guerreras.

Así se continuaba una antigua tradición española, sin saberlo quizá, pues de Alonso de Ercilla se cuenta que escribió gran parte de su inmenso poema épico *La Araucana* montado en el lomo de su brioso corcel de batalla, y sobre cortezas de árboles y retazos de tela, durante su campaña contra el gran Caupolicán en el fragoroso país austral, en plena doma del Arauco bravío e indómito. Hoy, uno de esos ejemplares, dedicados por Neruda, es una joya de incalculable valor para la familia del sabio, la cual lo atesora entre sus más entrañables recuerdos y reliquias intelectuales.

Hombre sociable a pesar de su recio carácter aragonés, y que gustaba de llamar al pan y al vino por su nombre sin mayores requisitos cortesanos, Mantecón dejó una perdurable huella no sólo bibliográfica, sino humana: además de descendientes que prosiguieron con los afanes de su antepasado, como su nieto Marco Aurelio Torres H. Mantecón, también bibliógrafo dedicado, y su afortunada y feraz mancuerna con Agustín Millares Carlo, su influjo se trasladó a los entonces muy jóvenes investigadores quienes continuaron con sus desvelos, como José Quiñones Melgoza, Tarcisio García, Roberto Moreno de los Arcos, Arturo Gómez, Lucila Flamand, Jesús Yhmoff, Ignacio Osorio Romero y María del Carmen Ruiz Castañeda... Por sus obras (y sus herederos) lo conoceréis...

Según gustaba de anotar su amigo Millares Carlo al término de sus obras, se podría aplicar lo mismo a Mantecón: *Finis non coronat opus*. El final no termina la obra, pues ésta sigue.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Torres H. Mantecón, Marco Aurelio. "Bibliografía General del doctor José Ignacio Mantecón Navasal". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 9, núms. 1 y 2 (2004): 215-279.
- _____. "Los maestros que perdimos los bibliotecarios: Semblanza de José Ignacio Mantecón Navasal". *Educación y Bibliotecas*, núm. 139 (2004): 74-81.



AGUSTÍN MILLARES CARLO
(1893-1980)
EL FERVOR DE LA SABIDURÍA

José Pascual Buxó*

I



roca, rex Albanorum, duos filios, Numitorem Amuliumque, habuit... —leía con reposo la voz insinuante y melancólica del profesor.

—¿Está claro? —preguntaba y nadie respondía.

Nuestros ojos no repasaban la página latina ni mucho menos se fijaban en los párpados apesadumbrados de nuestro profesor de latín. Mientras él leía, mirábamos absortos los movimientos incomprensibles de sus labios, pero en cuanto él levantaba la vista hacia nosotros, nuestras miradas se esparcían como pajarillos azorados que no encuentran escape entre los barrotes de la jaula. “¿No está claro...?”, repetía,

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

ahora con entonación teatralmente desolada. Claro que no estaba claro, y el desalentado profesor tomaba una vez más el enorme pañuelo que se desbordaba del bolsillo pectoral de su anticuada americana y lo frotaba sin piedad en sus mejillas y cuello, como si deseara no tanto limpiarse las gotas que emperlaban su rostro, sino zafarse de un íncubo vespéral, de una de aquellas ardorosas pesadillas de la siesta. Al cabo, parecía resignarse con nuestras astucias y nos miraba un buen rato sin mirarnos, los blandos ojos castaños perdidos en una interior lejanía. ¿Qué miraría entonces don Agustín? ¿Cuál sería el tema de su visión instantánea? “A ver...”, tornaba a decir: “Proca, rey de los albanos, tuvo dos hijos...”. Ante nuestras estúpidas miradas perdía la paciencia —o hacía más bien como que la perdía— y nos lanzaba una amenaza intolerable: “Para la próxima clase, todo el mundo ha de saberse de memoria la segunda declinación... que es la más fácil de todas”.

Años después, algunos de aquellos alumnos que pasamos como encantados por sus clases de latín en el Instituto Luis Vives, pudimos saber bien a bien quién era don Agustín Millares Carlo: un polígrafo excepcional y uno de los intelectuales más sabios y laboriosos del exilio republicano español en México. Resultaría excesivamente prolijo resumir en este corto espacio los rasgos más salientes de su infatigable labor; únicamente evocaré —en auxilio de los más jóvenes— sus impagables contribuciones en los vastos territorios de la bibliografía y de sus disciplinas afines: la paleografía, la diplomática, la historia y la crítica literarias, y la edición de textos.

Su inagotable actividad como estudioso y traductor de autores de la latinidad clásica fue también incansable, yo diría que monumental, y quede como ejemplo de ello su exacta versión de la obra de Tito Livio *Ab urbe condita / Desde la fundación de Roma*, que fue incluida en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, fundada en nuestra propia Universidad por el más destacado de los discípulos de don Agustín: el gran poeta y humanista mexicano Rubén Bonifaz Nuño. Y en el contexto de los estudios clásicos, no puede dejar de mencionarse su compendiosa y ejemplar *Historia de la literatura latina*, uno de aquellos Breviarios del Fondo de Cultura Económica que, a partir de su primera publicación en 1950, han alcanzado mayor número de reediciones.

En 1932 —siendo catedrático de la Universidad Central de Madrid— había dado a la imprenta su *Tratado de paleografía española*, y una década después —incorporado ya a las instituciones de enseñanza mexicanas— lo completó con sus *Nuevos estudios de paleografía española* y con un *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, preparado éste último con la colaboración de otro distinguido español del exilio mexicano: don Ignacio Mantecón.

En 1971 el Fondo de Cultura Económica publicó uno de sus trabajos más notables: la *Introducción a la historia del libro y las bibliotecas*, obra admirable que, por su vasta erudición, la claridad de sus exposiciones y la riqueza de sus comentarios, puede parangonarse con ventaja a tan famosos tratados sobre la materia como fueron los de Dahl, Febvre y Martín o Steinberg.

Editor y anotador de algunos de los mayores clásicos de nuestra lengua, como *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, con “las notas originales y las seleccionadas de los comentaristas más autorizados” debidas al profesor Agustín Millares Carlo (México: Editorial Séneca, 1941), edición que le fue dedicada al presidente Manuel Ávila Camacho “en recuerdo y homenaje de gratitud española”, y su memorable edición de las *Obras completas* de Juan Ruiz de Alarcón (FCE, 1957), con muy abundantes y eruditas anotaciones, acompañadas de un detallado estudio de las sutiles complejidades de la versificación propia de aquel gran ingenio novohispano.

Conservo con devoción en mi biblioteca personal un ejemplar de su *Literatura española. Hasta fines del siglo XV*, publicada en México por la Antigua Librería Robredo en 1950, que lleva en su primera hoja de guarda la siguiente inscripción:

IOSEPHO. PASCHALI. BUXO.
 IN. SEMPITERNAE
 AMICITIAE. PIGNUS.
 AUCTOR
 HOC. OPPVSCVLVM.
 LIBENTI. ANIMO.
 D. D.
 MARACAIBI, MENSE FEB. ANNO

A. PARTU VIRGINEO MDMLX, IPSO
DIE NATIVITATIS AMICI DILECTISSIMI.

El porqué de esa dedicatoria en Maracaibo y en el año de 1960, lo diré a continuación.

II

Fue en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM —donde don Agustín dirigía el Seminario de Lenguas Clásicas— cuando pude verlo otra vez. Me saludó con muestras de aprecio, quizá olvidando piadosamente que yo nunca me conté entre los más asiduos seguidores de la lengua del Lacio, pero quizá recordando también que una tarde —vencida mi timidez— me atreví a decirle: “Maestro, ¿no le parece a usted que ese Numitor y ese Amulio, hijos del rey de los albanos, repiten la historia de Caín y Abel”. “¿Y tú conoces esa historia?”, me replicó. “No maestro, pero la cuenta mi padre y dice que en España esas luchas fratricidas han continuado hasta nuestros días”. “Bueno, bueno...”, entró entonces en un comprometido silencio que duró tan sólo el corto lapso de una evocación fragmentaria: “¿Nacerán, acaso, de otra Rea los Rómulos y Remos que devuelvan la justicia a su patria?”.

Por esos mismos años, hacia 1952 o 1953, don Agustín tenía a su cargo, más que la sección puramente filológica, la cabal orientación académica del *Diccionario Enciclopédico González Porto-UTEHA*, y como una reseña bibliográfica que él me había solicitado para la *Revista de Historia de América* no debió parecerle tan mal —sobre todo después de las correcciones que él mismo habría tenido que hacerle— me invitó a colaborar en ese *Diccionario* para el cual hice una primera redacción de las biografías de ciertos pintores italianos cuyo apellido comenzaba con la letra R, contando siempre con el auxilio de la gran *Enciclopedia Italiana* de Treccani.

Para adelantar en mi carrera profesional no bastaba ser pasante, había que escribir una tesis para optar al grado de Maestro, y decidí hacerla sobre la influencia de Góngora en la poesía novohispana del siglo XVII. Me alentaban a ello los estudios de Dámaso Alonso y Alfonso Méndez

Placarte; me iba bien de la mano de esos sabios pioneros que siempre me ponían en la ruta correcta, pero me extraviaba en los vericuetos de los acusativos griegos y los ablativos absolutos. No lo pensé más: me fui a ver a don Agustín, que por entonces formaba parte de Instituto Bibliográfico Mexicano —preclaro antecesor de nuestro Instituto de Investigaciones Bibliográficas— cuya sede era la Biblioteca Nacional de México, situada entonces en el ex templo de San Agustín. Lo encontré rodeado de antiguos amigos y nuevos compañeros: Ignacio Mantecón, Manuel Alcalá, Roberto Moreno de los Arcos y el jovencísimo Ignacio Osorio Romero. Una vez más, como por penitencia, don Agustín aceptó ver mis papeles; seguí sus consejos y logré salir indemne de la lid.

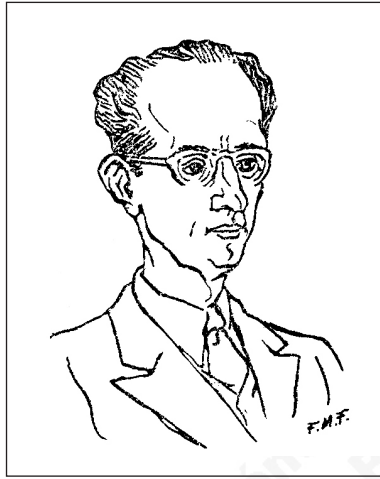
El que se halla en posesión de un grado académico ha de celebrar esa trabajosa victoria en unión de sus más cercanos amigos, tal como se celebra la aparición del primer libro de poemas que quizá logre asentar nuestro nombre en las sagradas páginas de los suplementos dominicales. Don Agustín asistió al íntimo festejo: “Sé que se va usted a Venezuela... Haga lo posible por llevarme”, me dijo a bocajarro. No sé quién le dio la noticia, quizá yo mismo en mis apuros por obtener lo antes posible la fecha de mi examen de grado. Me quedé perplejo con su petición; pensé al principio que se trataba de una manera refinada e insólita de felicitar me por un destino que él consideraría promisorio. Pero pronto se encargó de desvanecer las ambigüedades de mi interpretación: en efecto, quería ir a Maracaibo, donde yo había sido contratado para formular los planes de estudio de una Escuela de Letras en la incipiente Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia.

No habían transcurrido seis meses de iniciadas mis tareas en esa Universidad, cuando su rector quedó convencido de que la presencia de don Agustín sería crucial para garantizar el éxito de aquella facultad. Se le contrató no sólo como profesor de latín, sino como director de la Biblioteca General de la Universidad, que fue la herencia de los afanes civilizadores de uno de los más nobles hijos de la zona tórrida: don Rafael María Baralt. Lo primero que hizo don Agustín fue dar sus sabios consejos para que tomase buen rumbo la edición de las obras completas de Baralt, que por entonces empezaban a imprimirse, y aunque existía una Comisión Nacional compuesta por un buen número de ilustres escritores venezolanos, resultó muy oportuno que don Agustín se incorporara a

ella como su coordinador especial. Tampoco pasó mucho tiempo sin que don Agustín desahogase en Maracaibo su incontenible pasión bibliográfica: fundó el *Boletín de la Biblioteca General* y, además, convirtió a todos los profesores de la Facultad en colaboradores cautivos de una revista de *Recensiones* que, pese a publicarse en una provincia remota, fue notable entre las de su género por su universalidad y pulcritud.

Pese a la distancia, nunca dejó de proseguir don Agustín su fervorosa tarea en pro del mejor conocimiento de aquellos grandes humanistas mexicanos que fundaron y perfeccionaron a lo largo de más de dos siglos nuestra gran tradición bibliográfica, y si en 1944 había ya publicado su impecable traducción de los *Anteloquia* o *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, de Eguiara y Eguren, y en 1954 había dado a luz una nueva edición aumentada de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, obra insigne de don Joaquín García Icazbalceta, en 1963 la Universidad del Zulia publicó su ejemplar monografía sobre *Don Juan José de Eguiara y Eguren y su Biblioteca Mexicana*, en la que proporcionó las más amplias noticias biográficas y bibliográficas acerca de ese autor, estudio que resultó fuente de consulta imprescindible para la traducción al español que de esa *Biblioteca* se hizo en nuestra Universidad en 1986.

No puedo detenerme ya en detalles particulares de aquellas charlas nocturnas que sosteníamos —después de clase— en algún establecimiento refrigerado, donde aliviábamos los rigores de la jornada; las emocionadas remembranzas de México, los acuciantes proyectos académicos, las sabrosas trivialidades de nuestra ínsula Barataria. Después de siete años de provechoso sofoco, gané en 1967 el derecho al disfrute de un año sabático en el Instituto Hispánico de la Universidad de Florencia, al amparo de un eminente hispanista italiano: el profesor Oreste Macrí. Al retornar a Maracaibo, supe con alegría que don Agustín había sido nombrado director del Museo Canario y que se proponía alternar sus estancias entre las Universidades de la Laguna y del Zulia. Pero, en realidad, quizá no haya sido exactamente así: ambos —mi maestro y yo— retornamos a nuestras verdaderas patrias: él a sus "Ínsulas Afortunadas" y yo a la Ciudad de México, que era todavía la más transparente región de mis recuerdos.



FRANCISCO MONTERDE
(1894-1985)

José Martínez Torres*



Francisco Monterde vivió durante casi todo el siglo xx y dio testimonio de los innumerables acontecimientos que le tocó presenciar de la vida pública y privada de México. Por ejemplo, la vez que saludó al presidente Francisco I. Madero, cuando era parte del grupo de jóvenes voluntarios que apoyaban su gobierno y recibían clases de armas en el bosque de Chapultepec, o cuando el secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra, durante una visita a la Escuela Nacional Preparatoria, donde el joven Monterde era alumno de primer ingreso, espetó a su director, conocido positivista: "¿No es verdad, Porfirio Parra, que usted y yo somos espiritualistas?". En ese tiempo, señala Monterde en su libro *Personas, revistas y diarios* (UAM, 1982), el Ateneo de la Juventud se internaba en el terreno de la filosofía, y algunos de sus miembros eran partidarios de Bergson y del espiritualismo. Los estudiantes,

*Universidad Autónoma de Chiapas.

que simpatizaban con el positivismo, se inconformaron con la tajante afirmación de Sierra, se colocaron en el lugar de los caballos y arrastraron el carruaje del ministro por toda la calle de San Ildefonso, hasta que muy disgustado sacó la cabeza por la ventana y exclamó: ¡Basta, jóvenes! ¡Ya basta!

En cuanto a su vida privada, Monterde dice en el mismo libro que había ingresado a la preparatoria cuando Martín Luis Guzmán egresaba; ambos fueron alumnos, aunque en distintos momentos, del profesor Enrique Martínez Sobral quien, al observar su pequeña estatura, les encargó de tarea una composición en prosa con el tema "Ventajas e inconvenientes de ser chaparro". Dice Monterde que Guzmán tenía una malformación en la columna vertebral que le impidió crecer demasiado, mientras que en su caso sólo se trataba de un crecimiento lento, pues con los años llegó a alcanzar una estatura mediana.

Más tarde haría la revista *Antena*, de la cual fue su director, pero prefirió aparecer como "Recopilador de materiales", y también, como lo hiciera Manuel Gutiérrez Nájera o Rafael Heliodoro Valle, ideó diversos pseudónimos para firmar sus artículos, según el tema del que se tratara, por ejemplo: "El bachiller cronista", "El duende de la Biblioteca" o "Martín el bibliógrafo"; con este truco llegó a escribir números enteros en algunas publicaciones, tal es el caso de la mencionada *Antena* y *Biblos*, el boletín de la Biblioteca Nacional, que dirigió de 1919 a 1923.

Por otro lado, formó parte de los movimientos que renovaron el teatro mexicano. Se integró al Grupo de los Siete Autores Dramáticos, conocido como Los Pirandellos, y después también al de La Comedia Mexicana. Escribió piezas dramáticas como *La careta de cristal*, en 1932, con Virginia Fábregas en el papel principal, y *Proteo*, que se llevó a escena bajo la dirección de Julio Bracho. No obstante, Monterde prefirió dedicarse a la crítica y abandonó la creación, no sólo de obras de teatro sino también de poemas y relatos.

El humor de Monterde era tan sutil que no siempre se advertía; estaba basado en la elegancia de la expresión. Cierta vez recordó que, antes de ser inaugurado el Palacio de Bellas Artes, en 1934, la administración del recinto aprovechó que aún no había asientos en la parte baja, sino sólo en los palcos, para organizar actos acrobáticos en el interior del que iba a ser uno de los centros más importantes de la cultura nacional. Monterde

recordaba en especial el evento que consistía en ascender con un artefacto a toda velocidad por una chimenea, “espectáculo a cargo del Temerario Ross, audaz motociclista”.

Era un minucioso conocedor de la topografía de la Capital; sabía con exactitud dónde se ubicaban los teatros, las oficinas, los parques; sabía dónde estuvo la redacción de las revistas, las imprentas, los principales hoteles. Hacía precisiones como la siguiente: “La Casa del Obrero Mundial se hallaba instalada en la esquina que ahora ocupa el nuevo edificio de la Lotería Nacional, donde alguna vez estuvo la Embajada de los Estados Unidos”. Del mismo modo, mostraba objetividad ante los hechos; por ejemplo, referirse elogiosamente a la plástica del Doctor Atl en un artículo, no le impidió decir que, como reformador de la Ciudad de México, había sido nefasto. Según Monterde, el Doctor Atl encabezó el afán de destrucción de su patrimonio arquitectónico: “el edificio del Antiguo Colegio de San Juan de Letrán desaparecería a consecuencia de esa planeación que él presidía y que dio a México las avenidas del 20 de Noviembre y lo que es actualmente el Eje Vial Lázaro Cárdenas”; es decir, fue promotor de una ridícula aspiración de modernidad. Además, dice, Gerardo Murillo “no solamente hizo desaparecer la iglesia de Santa Brígida, sino también el antiguo claustro del Colegio de San Juan de Letrán que había dado nombre a la misma calle”.

Por otra parte, el gran éxito, no sólo nacional, de *Los de abajo* de Mariano Azuela se debe, en gran medida, a una iniciativa de don Francisco Monterde. Se trata de un acontecimiento que determinaría el rumbo de la novela mexicana: la polémica que dio inicio poco antes de la Navidad de 1924, luego de que Julio Jiménez Rueda publicara en *El Universal Ilustrado* el artículo “El afeminamiento de la literatura mexicana”. Aquí se reprochaba a los escritores que sus obras no fueran reflejo de los cambios revolucionarios iniciados en 1910. Días más tarde, precisamente el 25 de diciembre, Monterde respondió al cuestionamiento afirmando que sí existía “una literatura mexicana viril” y la enarbolaba un médico desconocido, el doctor Azuela, quien ejercía su profesión en los barrios pobres de la Ciudad de México.

Esta defensa a favor de *Los de abajo* vino como anillo al dedo del discurso oficial, que por esos años apoyaba la plástica de los muralistas y, en lo literario, *La suave patria* de Ramón López Velarde como ejemplos

de identidad nacional. Sólo hacía falta el narrador que enalteciera la Revolución. No se consideró que la visión de Azuela sobre ésta fuese de un profundo desaliento y de un escepticismo contrario a lo que podría esperarse, pero al adecuarse temáticamente a los principios nacionalistas, se impuso sobre otros relatos de temas remotos que practicaban, paradójicamente, quienes iniciaron la polémica, Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde.

Al mes siguiente, el 17 de enero de 1925, Victoriano Salado Álvarez esgrimió en el periódico *Excelsior*, en su colaboración titulada “¿Existe la literatura mexicana moderna?”, que don Mariano no podía ser el nuevo escritor que diera un giro decisivo a la novela: “el señor Azuela no es el novelista de la Revolución, más bien pertenece a mi generación que a la del señor Monterde, pues entiendo que ya peina los cincuenta”.

Desde luego existe una literatura de la Revolución, afirmó el joven Monterde, una literatura mexicana que le corresponde, pero que no ha sido conocida por falta de críticos que le den una difusión efectiva. Salado reviró con un chiste panglossiano muy bueno: “Sostener que no hay literatura porque no hay críticos, sería lo mismo que atribuir el que los niños nazcan sin pies a que no haya zapateros como Herman, que calcen con primor a los infantes”.

Don Victoriano descuidó un flanco en su nota: confesó que conocía la prosa de Azuela, pero no había podido leer *Los de abajo* porque se trataba de una verdadera curiosidad bibliográfica. Monterde respondió entonces que si una buena novela como la de Azuela pasa inadvertida para personas tan ilustradas, en verdad “tenemos un receso en la crítica”.

La vida literaria de Monterde tuvo cantidad de logros y percances; en lo personal, debió enfrentar desde muy joven numerosas penalidades: huérfano de padre a los 8 años y de madre a los 14, cuenta que ella le enseñó a tocar el piano, a valorar la música y las demás artes; sin embargo, cuando quiso divertirla y leyó unos versos humorísticos que había compuesto, en vez de reír dijo llorando, al ver que se dedicaría a las bellas letras, “¿y ahora de qué vas a vivir, hijo?”.

Ella moriría poco después de verificarse esta escena, lo cual parece haber colaborado para que Monterde, una vez terminados sus estudios en la Preparatoria, se inscribiera en la carrera de cirujano dentista, que nunca ejercería; en cambio, a la literatura llegó por medio de la práctica

y la repetición, como aconsejaban los antiguos maestros de la Retórica; fue empleado en toda clase de suplementos y revistas; trabajó de redactor en cantidad de periódicos y semanarios, siempre en convivencia con tipógrafos y prensistas; fue reportero, editorialista, corrector de pruebas de imprenta, editor, secretario de redacción e incluso dibujante; en algún momento dijo que le gustaba dibujar porque lo incitaba a escribir, pues esta actividad hacía que su imaginación volara.

Recibió clases formales sólo en la preparatoria, con el licenciado Martínez Sobral y con el venerable Erasmo Castellanos Quinto, con quienes escribió dos ensayos que recordaba especialmente: uno era el que hizo sobre la condición de ser chaparro, mencionado antes, y el otro sobre una de las escasas ocasiones en que cayó nieve sobre la Ciudad de México. Obtendría el grado de doctor en letras muchos años después de práctica y experiencia, cuando ya peinaba los 50, como dijo Salado de Azuela.

De esta suerte, Monterde se dedicó a la literatura antes de obtener los grados de maestro y de doctor en la UNAM, donde había impartido clases durante muchos años, desde 1924, a invitación de Pedro Henríquez Ureña. Es decir, se acreditaron sus conocimientos después de haberlos adquirido por cuenta propia, según advierte Jorge von Ziegler en su recopilación de Monterde, *Figuras y generaciones literarias* (UNAM, 1999).

Su obra de creación se desarrolló de manera temprana y fue cediendo el paso a la filología; fue autor de ediciones críticas, recuentos bibliográficos, prólogos, estudios, ensayos, artículos; hizo manuales de historia literaria, antologías, monografías, traducciones, presentaciones, conferencias, discursos. Miraba a lo lejos con una leve sonrisa, como si detrás de cada persona hubiera un paisaje. En las fotos de grupo aparecía siempre al frente, en su calidad de fundador y director de tantos organismos, por ejemplo de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Imprenta Universitaria, de la Escuela de Verano y de la Biblioteca del Estudiante Universitario, además de la Escuela de Arte Dramático del INBA y de la Dirección de Publicaciones de la SEP.

Nació el 9 de agosto de 1894 y murió el 26 de febrero en 1985 en la Ciudad de México. Su nombre completo fue Francisco de Asís Monterde García Icazbalceta, sobrino del notable Joaquín García Icazbalceta. Formó parte del Centro Mexicano de Escritores desde su fundación, en 1951,

donde conoció a la mayoría de los autores jóvenes del momento. Salvó del desempleo a Efrén Hernández, *Tachas*, cuando iban a despedirlo de la redacción de la revista *El Maestro Rural*, y logró que lo reinstalaran. Se vestía con la elegancia de otros tiempos, corbata a juego, cuello y puños de almidón, con el dato preciso a la vista, bien afeitado, hablando bien de alguien.



MANUEL ANTONIO SOLÓRZANO FERNÁNDEZ (1914-2006)

María Teresa Solórzano Ponce*



Manuel Antonio Solórzano Fernández nació el 9 de abril de 1914 en San Marcos, Guatemala, y falleció el 9 de mayo de 2006 en la Ciudad de México. A los 14 años perdió la vista a consecuencia de una enfermedad ocular degenerativa. Su familia lo llevó a Alemania en busca de un tratamiento curativo, pero la medicina no logró nada. Sin embargo, gracias a los avances alemanes en el campo de la rehabilitación, dicho viaje le abrió nuevas perspectivas de actuación en la vida. Después de algunos años vino a radicar a la Ciudad de México, en donde hizo contacto con asociaciones de personas carentes de la vista, de cuya relación surgieron sus anhelos por la mejora educativa de los ciegos de su tierra natal.

En 1942, Manuel Antonio Solórzano Fernández regresó a Guatemala y comenzó a colaborar en la recién fundada Escuela para Ciegos a

*Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

cargo de las muchachas guías (sección femenina de los *Scouts*) en donde impartió clases del sistema braille y otras materias más. A partir de 1944 y hasta 1954 fungió como director de dicha escuela, donde promovió activamente el desarrollo intelectual y la capacitación de los ciegos.

Ya casado y padre de tres hijas, en 1958 regresó a México, en donde radicaría hasta su muerte. A su llegada presentó a las autoridades de la Universidad Nacional Autónoma de México un proyecto novedoso para crear un Departamento Tiflológico en la Biblioteca Nacional —*tiflos* en griego significa “ciego”— destinado a prestar servicios diversos en relación con el estudio y la lectura para personas con deficiencias visuales. Así se inauguró, el 2 de julio de 1959, el Departamento Tiflológico, primero en México y en América Latina, cuando el doctor Manuel Alcalá dirigía la Biblioteca Nacional.

A partir de su fundación, y siempre con el apoyo del doctor Alcalá, se adquirieron los primeros tomos en braille, y fueron aumentando con el paso del tiempo. Este acervo primero fue catalogado y registrado como propiedad de la Biblioteca Nacional y después como del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM. Entre las actividades del Departamento, se reunió a un grupo de voluntarios que asistían para leer a los usuarios. El material se vio incrementado con grabaciones en cinta de carrete, antecedente del casete, las cuales posteriormente se rescataron, y algunas también en las propias cintas para casete. Además, se recopilaron libros grabados en disco por organismos que comenzaban a implementar este recurso, lo que permitió recibir material escrito y grabado de instituciones como la Organización Nacional de Ciegos Españoles y de la Unión de Ciegos de América Latina. En el Departamento se inició la creación de material didáctico para ciegos, como mapas geográficos en relieve, tablas químicas y cuadros anatómicos, y dieron clases de apoyo en las materias de física, química y matemáticas, áreas que eran poco accesibles para los estudiantes carentes de vista.

En sus inicios, el Departamento Tiflológico contaba tan sólo con cien volúmenes en sistema braille, adquiridos en la editorial del Comité Internacional pro Ciegos, con una máquina de escritura braille y con dos empleados como único personal. Gracias al empeño mostrado por Manuel Antonio Solórzano Fernández, el Departamento consiguió en algunos años un constante desenvolvimiento. Así, el *Boletín del Instituto de Investigaciones*

Bibliográficas en 1969 (tomo 1, núm. 1, enero-junio de 1969) reportaba los logros alcanzados hasta entonces. En esa fecha ya se contabilizaban 1,666 volúmenes de libros y 1,164 de revistas, en cinco idiomas: español, inglés, francés, portugués y esperanto, además de libros impresos con gráfica musical braille. Asimismo, en ese *Boletín* se daba a conocer el continuo incremento de los asistentes al tiflológico, mencionándose que mientras en 1959, en sus inicios, eran 647 los usuarios, para 1966 ya se registraban 2,604, clara demostración de la importante labor que se desempeñaba en la UNAM en beneficio de las personas con alguna limitación visual.

Desde su creación, este Departamento contó con su propio catálogo debidamente clasificado conforme a las normas vigentes de la Biblioteca Nacional de México y formó parte, como antaño y en el presente, del catálogo general de la institución.

En la década de los 70, Solórzano Fernández consiguió que se efectuara en el tiflológico, el examen de admisión a la UNAM para estudiantes ciegos o con alguna otra discapacidad que trataban de iniciar estudios universitarios en las carreras humanísticas e inclusive en ciencias exactas, para que estuvieran en igualdad de condiciones, tal como se ofrecía a los otros aspirantes, con la finalidad de que el rechazo a estudiantes ciegos desapareciera.

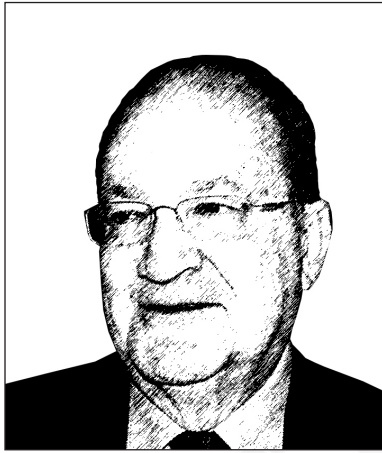
En su afán por encontrar nuevas vías para el desarrollo de los discapacitados visuales, Manuel Antonio Solórzano Fernández realizó estudios de especialización en la Normal Superior. Con los conocimientos adquiridos decidió fundar en 1965 la Escuela "Ramón Adrián Villalba", primera y única escuela secundaria para ciegos en México, que estuvo activa durante 20 años.

Desde sus inicios, la escuela secundaria recibió orientación del Departamento Tiflológico para su organización y desarrollo. Fue preciso organizarla como una institución de asistencia social privada, puesto que la educación media no correspondía (ni corresponde hoy en día) al ámbito universitario, por lo cual no podía organizarse como una dependencia del Departamento Tiflológico. Sin embargo, la Biblioteca Nacional le proporcionó, además de la orientación técnica, ayuda material y facilitó como préstamo máquinas y libros en braille, y material especializado para la mejor enseñanza posible.

El Departamento Tiflológico fue dirigido por Manuel Antonio Solórzano Fernández durante 30 años, hasta el momento de su jubilación en 1989. Este Departamento permaneció en San Agustín hasta el último momento en que fueron utilizadas esas instalaciones, debido a la facilidad que ofrecía a los usuarios su ubicación. El acervo del Departamento Tiflológico y el Fondo Reservado fueron las últimas dependencias en trasladarse a la zona cultural de la UNAM, donde se sitúa actualmente el IIB y en donde cambiaría su nombre original de Departamento Tiflológico por el de Sala Tiflológica, aunque seguiría cumpliendo las mismas tareas, con las modificaciones correspondientes a los avances tecnológicos.

Manuel Antonio Solórzano Fernández, a partir de una experiencia personal, encontró su vocación por el servicio social, camino por el que transitó toda su vida con el anhelo profundamente arraigado de apoyar, orientar y facilitar las esperanzas de superación a invidentes que —como él bien lo sabía— tendrían que enfrentarse a innumerables barreras familiares y sociales, comenzando por las propias limitaciones personales y por la baja autoestima, mermada desde los primeros años de vida.

Su incansable labor a favor de los ciegos queda plasmada en la Sala Tiflológica y en otras muchas que han surgido en el país, siguiendo el modelo del área dedicada por la Biblioteca Nacional de México a los usuarios invidentes. Queda, sobre todo, la huella de su lucha personal en las opciones que se han abierto en la sociedad a los discapacitados visuales, opciones que serán aprovechadas, en mayor o menor medida, por las nuevas generaciones, según sus aspiraciones, deseos de superación y búsqueda de nuevas rutas de mejoramiento, pero las bases ya están dadas.



GERMÁN VIVEROS MALDONADO
(1937-)

Laurette Godinas*



ermán Viveros Maldonado nació el 29 de junio de 1937 en la Ciudad de México. Se aficionó desde muy joven a la literatura clásica, con un gusto particular por el género dramático que lo condujo a estudiar y editar las obras de Terencio, Plauto y Séneca. Pero sin duda el interés que lo llevó hacia los estudios bibliográficos fue su profunda convicción de que era preciso explorar la impronta que la tradición clásica dejó en el patrimonio colonial, tema que orientaría sus publicaciones posteriores hacia el estudio de las manifestaciones teatrales en la Nueva España, particularmente el teatro jesuítico y las producciones dramáticas del siglo XVIII.

Por ello aceptó sin vacilar, sin haber terminado aún sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, la invitación del doctor Manuel Alcalá Anaya, a la sazón su profesor de griego en la misma facultad y director

*Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

de la Biblioteca Nacional de México, para colaborar en el levantamiento y descripción de los manuscritos latinos de dicho repositorio. Bajo la mirada al mismo tiempo severa y bondadosa de Ignacio Mantecón Navasal, Germán Viveros trabajó durante un par de años en el registro preciso y completo de las peculiaridades bibliográficas y bibliológicas de una parte importante de los manuscritos latinos de la Biblioteca Nacional, trabajo que —aunque no llegaría a publicarse como tal— dio pie a la publicación de un artículo largo titulado “Breve catálogo de obras clásicas griegas y latinas”,¹ y serviría de punto de partida importante para el trabajo de Jesús Yhmoff Cabrera, investigador incansable del patrimonio bibliográfico latino de México.

Después de una estancia en España, donde realizó estudios de doctorado en la Universidad Central de Madrid (actualmente llamada Complutense) entre 1961 y 1962, Germán Viveros regresó a los materiales coloniales, pero esta vez en el Archivo General de la Nación, bajo la dirección, primero en calidad de interino y luego como titular, de Jorge Ignacio Rubio Mañé.²

Allí se dedicó al estudio de documentos históricos sobre el noroeste del país —que se transformarían en sendos libros pioneros sobre la historia de esta región—³ que darían a su trayectoria académica un rumbo septentrional, al aceptar la invitación de la Universidad de Sonora para llegar a fundar la Escuela de Altos Estudios, época durante la cual se concentró en la docencia, aunque no dejaría de trabajar en los estudios y la edición de los textos sobre el noroeste mexicano mencionados y demás temas vinculados con la tradición clásica en México.

¹ Publicado en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4, núm. 1 (1972): 9-63.

² José Isidro Saucedo González, “Jorge Ignacio Rubio Mañé y su proximidad con la historia del derecho”, en *Historia del derecho. X Congreso de Historia del derecho mexicano*, t. 1, ed. de Óscar Cruz Barney y José Luis Soberanes Fernández (México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2016), 342.

³ Juan Nentvig, *Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora*, estudio preliminar, edición y notas de Germán Viveros (México: Archivo General de la Nación, 1971), y J. Rafael Rodríguez Gallardo, *Informe sobre Sinaloa y Sonora (de un original manuscrito del siglo XVIII)*, estudio preliminar, edición, notas y apéndice de Germán Viveros (México: Archivo General de la Nación, 1975).

Fue de gran importancia para Germán Viveros la estancia que realizó en la UNAM y en la Biblioteca Nacional de México, puesta bajo la guía del que supo diagnosticar con precisión los campos disciplinarios sin hollar, el primer director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, don Ernesto de la Torre Villar. Durante ese tiempo, Germán Viveros trabajó —en el Fondo Reservado del repositorio nacional— documentos sobre teatro colegial del siglo XVI, en particular, y las manifestaciones teatrales novohispanas, en general, materia que orientaría sus investigaciones y sus actividades docentes de los años posteriores.

Desde su fundación en 1973 y hasta la fecha, Germán Viveros ha sido investigador, ahora Emérito, del Instituto de Investigaciones Filológicas, donde se ha desempeñado de forma activa en el desarrollo institucional. Fue coordinador del Centro de Estudios Clásicos de 1975 a 1986 y bajo su gestión se fundó en 1983 la revista *Nova Tellus*, hoy todavía una punta de lanza de los estudios clásicos y neolatinos en México. Su producción académica en el ámbito de las letras clásicas, neolatinas y novohispanas rebasa la veintena de libros y el medio centenar de artículos en revistas arbitradas, además de numerosos capítulos de libros, ponencias y conferencias dictadas en el seno de la UNAM y en diversas universidades nacionales y del extranjero.

Entre estas publicaciones destacan, evidentemente, las obras con las que enriqueció la Bibliotheca Scriptorum Romanorum et Graecorum Mexicana con ediciones de las *Comedias* de Plauto y de Terencio, las *Tragedias* de Séneca y las *Sátiras* de Persio. Y, en relación con su interés por las producciones dramáticas novohispanas, contamos con el *Teatro dieciochesco de la Nueva España*, cuya edición de 1980 salió en una segunda, corregida y aumentada, en 2010.

Además de pertenecer a numerosas asociaciones dedicadas al estudio de las lenguas y literaturas clásicas, Germán Viveros es ahora miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, donde ocupa la silla xx y es miembro de la Comisión Editorial.

A la amistad que lo unió desde sus años como colaborador en la Biblioteca Nacional y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas con Roberto Heredia Correa, José Quiñones Melgoza e Ignacio Osorio, se sumó una relación de profundo respeto académico y de entrañable amistad con Ernesto de la Torre Villar, con quien colaboró en varios proyectos

fundamentales para estudio del patrimonio bibliográfico mexicano que le eran tan entrañables al último director de la Biblioteca Nacional y primer director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

A mediados de la década de los 90, a raíz de un proyecto de investigación del Conacyt, surgió otra revista importante, que, si bien no sobrevivió hasta nuestros días a los escollos de las publicaciones académicas, dio lugar en sus anexos a tres volúmenes de gran relevancia para el conocimiento profundo de la cultura virreinal de la Nueva España: *Novahispania*, que se publicó de 1995 a 2003. Entre sus anejos se destaca, evidentemente, el número 3, cuya autoría corresponde a Germán Viveros: *Talía novohispana: espectáculos, temas y textos teatrales dieciochescos*, que vio la luz en 1996.⁴

Sin duda, la prueba de amistad y el reconocimiento más grandes que dio el doctor de la Torre Villar a Germán Viveros fue confiarle continuar la labor que, del mismo modo que Eguiara y Eguren en el siglo XVIII, le había sido imposible terminar: la edición y traducción de la *Bibliotheca Mexicana*, de la que sólo había logrado publicar bajo el sello de la Coordinación de Humanidades los primeros dos tomos correspondientes a la edición de 1755, que incluía las entradas de la A a la C, junto con un importantísimo tomo de *Monumenta* que abarca todos los aspectos de la prolífica vida del autor, el tomo V. En este último, Germán Viveros había tenido a su cargo la transcripción y traducción de la correspondencia del P. Vicente López con Juan José de Eguiara y Eguren.

Germán Viveros emprendió con entusiasmo la labor encomendada por el doctor de la Torre Villar y publicó en 2010, con el apoyo valioso de jóvenes colaboradores, el tomo III de la obra magna eguiarensis correspondiente a las letras D a F de los manuscritos que hoy custodia la Universidad de Texas, en el que anuncia la publicación próxima de la última parte faltante (los nombres de pila que inician con las letras de F a J) y rinde un homenaje a su antecesor ofreciendo “los trabajos que conllevó este libro a la memoria de don Ernesto de la Torre Villar, entusiasta

⁴ Los primeros dos volúmenes, también de gran relevancia para su campo de estudio, fueron respectivamente *La teoría de argumentación en el México colonial* de Walter Redond y Mauricio Beuchot, publicado en 1995, y *El humanista Juan Rodríguez de León Pinelo* de Ernesto de la Torre Villar, en 1996.

conocedor, promotor y estudioso de la obra de Juan José de Eguiara y Eguren, como también lo fue respecto a la de innumerables e insignes novohispanos y mexicanos”.⁵

El trabajo incesante de Germán Viveros en el estudio y difusión de los materiales de la Biblioteca Nacional de México, pasión que ha transmitido a numerosos discípulos suyos que han elaborado trabajos de tesis sobre nuestros materiales neolatinos o castellanos de la época novohispana, y su participación activa en la vida académica del Instituto de Investigaciones Bibliográficas nos auguran el gusto de disfrutar durante mucho tiempo su siempre atenta y discreta presencia, así como las palabras eruditas que emergen, siempre cuidadosamente ponderadas, del pozo de sabiduría que es el doctor Germán Viveros Maldonado.

BIBLIOGRAFÍA

- Nentvig, Juan. *Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora*. Estudio preliminar, edición y notas de Germán Viveros. México: Archivo General de la Nación, 1971.
- Rodríguez Gallardo, J. Rafael. *Informe sobre Sinaloa y Sonora (de un original manuscrito del siglo XVIII)*. Estudio preliminar, edición, notas y apéndice de Germán Viveros. México: Archivo General de la Nación, 1975.
- Saucedo González, José Isidro. “Jorge Ignacio Rubio Mañé y su proximidad con la historia del derecho”. En *Historia del derecho. X Congreso de Historia del derecho mexicano*. T. 1. Edición de Óscar Cruz Barney y José Luis Soberanes Fernández, 341-349. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2016.
- Viveros, Germán. “Prólogo”. En Juan José de Eguiara y Eguren. *Biblioteca mexicana*. T. 3. Coordinación de Germán Viveros. México: UNAM, 2010.

⁵ Germán Viveros, prólogo a Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca mexicana*, t. 3 (México: UNAM, 2010), xi.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.

